

# universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 141 octubre 2024 - Distribución gratuita

[www.universocentro.com.co](http://www.universocentro.com.co)



Jennifer Paola, Barrio Triste, 2024.



“Era de ver el estado tan lamentable del delantal de Cecilia, la cenicienta, un trapo que alguna vez debió ser blanco pero que ahora era más cenizo que el incensario que la iglesia de Barrio Triste, donde había pasado sus mejores pero escasos años de la infancia”.

La verdadera historia de la Cenicienta. Juan Manuel Roca, 2011.

# El baile de la Chiqui

Jennifer Paola se metió en su carreta con traperos a la venta, se estiró y se acomodó. No hay espacio para nadie más, solo para el aire y el puñal bajo el costado. Toca dormir con los ojos abiertos por la incertidumbre de la calle. En realidad se hace llamar la Chiqui. Bajita, delgada, con dos trenzas hasta la cadera que le hacen ver el torso largo. La jovencita habla de la muerte como el retorno a la misma vida, ninguna está preparada, sea una muerte ocasional o natural, nadie puede resolver cuando aparece la hora del último baile. No le gusta el pescado, pero le tocó comer el otro día. Cuando toca, toca. Al fondo están las torres puntiagudas de la iglesia de Barrio Triste, y más al fondo, alguna ciudad sin nombre con tacones en el

cielo. La Chiqui se detiene a mirar desde lo alto, desde arriba, ni a medianoche se descalza de sus plataformas marrones, apretadas en el último agujero de la lengüeta. A sus pies se divisan los tornillos incrustados en el suelo del barrio, en medio de mecánicos que cargan una piel sobre otra piel. Empezó a bailar sola, sin esperar a ningún príncipe, al lado de su carreta, cuidándola como si el puente fuera a tragarse su cama con cierta indulgencia.©

Gabriela Pupo

\*Esta fotografía hace parte de *Ciudad de nunca jamás*, una exposición de Juan Fernando Ospina inspirada en la colección del Cuentico Amarillo de la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín.

## DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

## EDICIÓN

— Pascual Gaviria

## COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Santiago Rodas

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

## PRODUCCIÓN EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

## DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

## CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

## ASISTENCIA DE COMUNICACIONES

— Laura Almanza

Esta es una publicación de la Corporación Universo Centro

## Distribución gratuita

Número 141 Octubre 2024

Versión impresa - 10 000 ejemplares



universo  
centro

universocentro.com.co  
universocentro@universocentro.com

# NIEBLA DEL RIACHUELO

por PASCUAL GAVIRIA • Fotografía por el autor



Charalá tiene una pequeña historia patria. Dos hijos ilustres en las gestas libertadoras, José Acevedo y Gómez, el hombre de los discursos del 20 de julio, y José Antonio Galán, líder de los comuneros que se adelantaron a la independencia, nacieron en ese municipio revoltoso. Y Antonia Santos, desde su hacienda El Hatillo, ahí cerca, apoyó a los guerrilleros charaleños que impidieron el paso de los españoles que iban camino a reforzar la tropa de Barreiro en la Batalla de Boyacá. De modo que la gloria de Boyacá se gestó en Charalá. Todo el pueblo conoce esa gesta digna de los actos cívicos, y se nota en las placas conmemorativas y en las respuestas de sus habitantes. No es fácil llegar hasta ese municipio libertador, son seis horas desde Bucaramanga, cruzando el cañón del Chicamocha y sus hermosos desfiladeros.

Charalá tiene también una tragedia reciente, un lugar en las páginas de la infamia paramilitar. Hace un poco más de veinte años, hombres del Frente Comuneros Cacique Guanentá llegaron al corregimiento de Riachuelo a una media hora del casco urbano de Charalá. Ahí estuvieron entre 2001 y 2004. Armaron su base en El Salto, una cascada orgullo natural de la zona, y en su afán piadoso la llamaron El Salto del Ángel. Todos los días subían de civil al pequeño parque del corregimiento, fiaban en sus tiendas, advertían, cortejaban y ajusticiaban en El Salto de Ángel. Eran dueños de la cotidianidad y de las más temidas decisiones. Nada distinto a lo que sucedió en cientos de pueblos durante más de una década de auge paramilitar.

La página más infame de ese dominio quedó en los cuadernos del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, que mira desde el parque de Riachuelo a la iglesia construida por los indígenas en 1775, y que acompaña la casa cural, algunas tiendas, doce palmas, cuatro ceibas y una fuente de piedra. Los paras, al mando de alias Víctor, comenzaron a

subir al colegio y se hicieron cercanos a la rectora Lucila Gutiérrez y a su esposo Luis María Moreno, por entonces concejal del municipio. La Comisión de la Verdad habla de niños, niñas y adolescentes que sufrieron los abusos del grupo paramilitar: muchos de ellos se fueron del corregimiento, algunas niñas fueron abusadas sexualmente, otros eran obligados a tareas militares, como limpiar armas y patrullar, luego de las clases. Por estos hechos hay un proceso en curso por concierto para delinquir contra la rectora y su esposo. Se dice que ella, que estuvo durante trece años al frente del colegio, organizaba reinados de belleza para que los paras eligieran entre las alumnas y permitió que jóvenes combatientes asistieran al colegio a estudiar sin matrícula oficial. La rectora y su esposo tienen una condena en firme por el homicidio de un líder social y están prófugos.

En el capítulo de la Comisión de la Verdad llamado “No es un mal menor”, dedicado a niños, niñas y adolescentes en el conflicto se encuentran testimonios como este: “La directora permitía que los paramilitares ingresaran al colegio y se llevaran a las niñas. Las ponía a organizar el archivador de la rectoría, que tiene las puertas abiertas, para que los paramilitares llegaran y se las llevaran. Y como era la directora, les tocaba hacer caso. Entonces, llegaba el paramilitar y se las llevaba ocho días y a los ocho días las devolvía”, quien habla es una abogada de la Alianza Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz que acompañó el proceso de la Comisión. Cuatro años de esos abusos en un colegio parecen imaginables. Si un profesor tirano puede marcar una infancia, ¿qué puede pasar con los alumnos de un colegio regentado por los paras? En el libro de la Comisión también hay el testimonio de una víctima directa que dice fue acosada y obligada a dejar Riachuelo.

Una sentencia del Tribunal Superior del Distrito Judicial de Bogotá, sobre la Estructura Paramilitar Bloque

Central Bolívar, ratifica buena parte de las acciones de los paras mencionadas por la Comisión. La prensa local ha hablado de setenta niños violentados y de algunas niñas convertidas en “esclavas sexuales”.

\*\*\*  
A las ocho de la mañana del viernes 13 de septiembre pasado estaba en el parque de Riachuelo en medio de un acto oficial. Los niños y su revoloteo, los redobles de la banda militar, los himnos y la presencia del ministro de las Culturas, las Artes y los Saberes. Llegué como uno de los periodistas invitados por ese ministerio para asistir a una “acto de resignificación” de un lugar hermoso por una barbarie reciente. Se trataba del acto final de una semana de enseñanzas musical y muralismo. El acto fue conmovedor, el mural en el colegio brillaba en la mañana y los jóvenes gozaban esa ocasión salida de lo corriente, llena de visitantes y actividades desconocidas.

Yo no podía dejar de mirarlo todo con unos ojos conmovidos por la historia de abusos que había leído. Veía el colegio como un cuartel humillante, a la rectora con el prisma de la desconfianza, a los pelaos como salvados apenas por el azar de saltarse una generación.

Luego de una canción desafinada, entonada a capela por una mujer de unos sesenta años comenzaron mis preguntas. La señora terminó su *bel canto* y se sentó de nuevo a regentar su venta de obleas. Su gesto no era dulce. “Vea, resultó cantautora”, le dije arriesgándome y me soltó una risa franca. Doña Lucila —tocaya de la extractora— ya sabía a qué iba yo, aunque le diera rodeos. Le pregunté directamente por los hechos en el colegio, tomó aire y me soltó un resignado: “Qué le dijera yo”. Y comenzó a desmentir la historia que traía aprendida: “Todo eso que dicen de la rectora es mentira. Ella sí se equivocó acercándose a esa gente, por seguridad, por poder, por lo que sea, pero eso de que entregaba a las niñas es mentira. En esa época todavía funcionaba el bus y le digo que esa señora no se movía del colegio hasta

que se montaba el último estudiante”. Le pregunté por los reinados de belleza para obtener una frase que confirmara las sentencias: “Esos eventos los organizábamos nosotros, los padres de familia, para conseguir fondos para un paseo o actividades fuera del colegio”. Me dijo que nietos y sobrinos suyos estudiaron en el colegio y que quienes limpiaban armas al final de la jornada eran los paras menores de edad que dejaron entrar al colegio. “En eso también se equivocó ella, esos jóvenes no debieron haber ingresado, pero esa señora le sirvió mucho a la comunidad”. Ocho años siguió siendo rectora la señora Lucila luego de la partida de los paras, quienes a comienzos de 2004 se fueron de un día para otro, dejando deudas en las tiendas y los estragos de la tiranía de tres años largos.

Me despedí de la cantautora camino a una tienda con un arrume de cajas de cerveza junto a la puerta. Las obleas no son mi fuerte. Llegué y pedí una cerveza fría. La dueña del mostrador también sabía a qué iba: “¿Usted también es uno de los periodistas?”, asentí con un poco de vergüenza, con esa libretica en la mano, tan predecible. “Venga yo le cuento la historia del colegio”, fue lo primero que me dijo. “Esa historia comenzó en 2008 con la llegada de una ONG... No me acuerdo el nombre. Esa versión dividió mucho a la gente del pueblo. No es cierto que los estudiantes limpiaran fusiles o patrullaran, eso lo hacían los de ellos, los paras que se metieron a estudiar al colegio. Que yo recuerde solo un joven del colegio murió, se metió con ellos, lo reclutaron y lo mataron en un combate”. De pronto me dice que la rectora y su esposo vivían en la casa donde estamos sentados, ahí donde estoy tomando cerveza a 2800 pesos. La comitiva está recibiendo el mural, tengo pena por no asistir al último punto del acto oficial pero mi reportería me obliga a otra cerveza. A la una de la tarde tenemos que salir camino a Bucaramanga. Llegan cuatro concejales a seguir mis pasos con unas cervezas y Carolina, la tintera, se distrae un rato. Pienso en mis aficiones tan cercanas a las de los concejales. Cuando retoma la conversación me habla de los paras y el miedo, la vez que le dijeron que entre menos supiera más segura estaría, lo que le quedarán debiendo en su tienda anterior cuando se fueron. Ya al final me suelta la última nube sobre la historia: “Lo que dicen es que Rodrigo, el paramilitar que ha acusado a la rectora, les estaba pidiendo cien millones para no dar esas declaraciones”.

Un viejo de unos setenta años llega a la tienda y pide una cerveza al clima. Le pregunto extrañado por ese gusto y me dice que se acostumbró: “Levo veinte días sin tomarme una por un dolor en el pie, por la diabetes, pero hoy vino el ministro y tocó beber”. Celebramos su regreso a la amarga al clima y mi teléfono me anuncia la salida de mi “vuelo” camino a los mareos del Chicamocha.

En el bus comentamos con los demás periodistas y las versiones de otras personas del pueblo coinciden con lo dicho por Lucila y Carolina. Pareciera que esas voces se pueden superponer. También nos sorprende que los estudiantes estaban en un simple día cívico, no tenían idea de que estaban recordando y dando un nuevo significado a una historia que al parecer solo los periodistas y la comitiva oficial teníamos tan clara. Ahora tenemos un aire un poco patético y muchas inquietudes. ¿Se trata de una especie de vergüenza colectiva por haber permitido los abusos? ¿Es solo una cuestión de magnitudes de abuso? ¿La Comisión tiene más verdad que la gente del corregimiento? ¿El tiempo es el mejor para “resignificar”? ¿Nuestra verdad oficial tiene una fascinación por el horror?

Si luego de veinte años nada parece estar claro, ¿qué será de las hazañas de Acevedo y Gómez, Galán y Antonia Santos?©

Con el juicio a Ana Mandinga en Santa Fe de Antioquia en 1669 cerramos nuestra pequeña saga de historias de esclavos en el departamento. Registros notariales, testamentos y actas sucesorias que entregan la cotidianidad y el horror de algunos de los doce millones de africanos embarcados a América para ser esclavizados. Esas caligrafías del Archivo Histórico de Antioquia, ubicado en el Palacio Uribe Uribe, están siendo rescatadas y descubiertas por el ojo digital. Para cerrar dejamos las yerbas, los miedos de los amos, dos muertes repentinas y posibles venenos a cambio de azotes. Al final, todo se resuelve con unas monedas de oro.

# LAS YERBAS DE ANA

por FELIPE OSORIO VERGARA • Ilustración de Jenny Giraldo García

*“¿Quién te ha metido todas esas levas? —díjome una vez mi hermana Mariana, que era la más sabia de la casa—. ¡No hay tales brujas! ¡Esas son bobadas de la negra Frutos! ¡No creás nada!”.*

Tomás Carrasquilla en *Simón el mago*.

Doña Juana Garcés temía a la noche. Una vez el sol estaba en sus estertores, corría con su negra Victoria para apertrecharse de velas de cebo, higuerrilla o llenar con aceite los candiles; como si la luz fuera una contra para vencer esa oscuridad tan profunda que ocultaba a esas entidades malignas que, según decían los curas en los pulpitos coloniales, solo salían a esas “malas horas”. Era tanta su sensación de vulnerabilidad y soledad, que visitaba con frecuencia a su hermana Margarita y a su cuñado Antonio Flórez.

Doña Juana dormía rodeada de velas, acompañada de Victoria, su esclavizada de confianza, y con puertas y ventanas bien trancadas desde adentro; cual fortaleza medieval, pero en tierras americanas. A sus ojos, el mal estaba muy cerca, y era encarnado por Ana Mandinga, otra de sus esclavizadas.

Una noche de comienzos de 1669, Juana despertó gritando. Ana Mandinga había entrado a su aposento y le estaba sobando el brazo. ¿Cómo pudo entrar si estaba trancado y Ana dormía afuera, con grilletes? Lo cierto es que sus gritos despertaron a Victoria y a su hermana Margarita, que dormía en la habitación contigua.

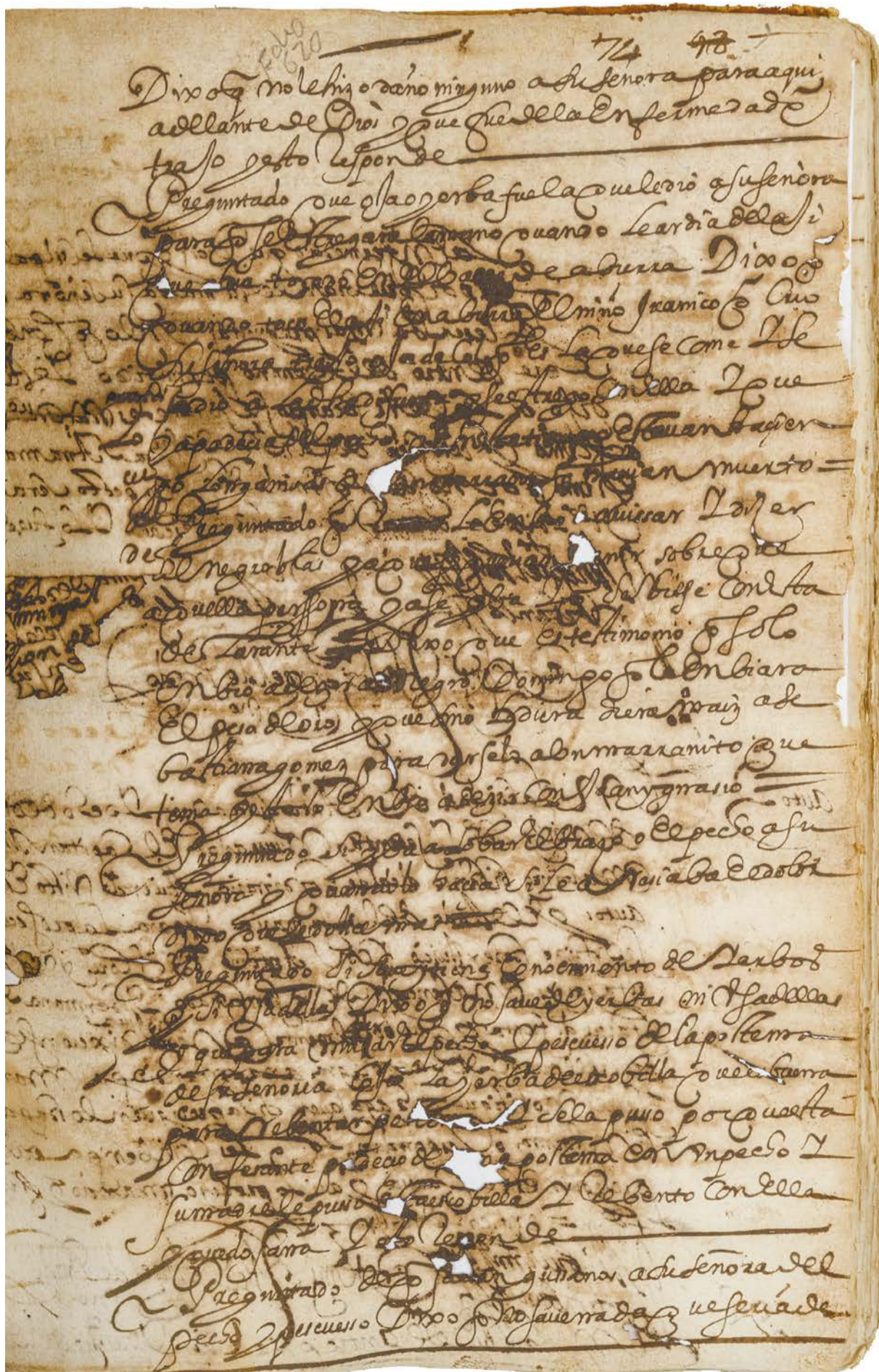
“Se levantó esta declarante de su aposento y acudió al que estaba Juana Garcés y halló la puerta cerrada, trancada por dentro, y llamando, la abrió Victoria, mulata, pues dormía en dicho aposento. Y habiendo entrado esta declarante le dijo Juana, muy espantada que: [...] ‘¿por dónde entró la negra Ana Mandinga que me estaba sobando el brazo?’”, narró Margarita Garcés ante el alcalde de Santa Fe de Antioquia, Miguel Martínez Vivanco, el 16 de julio de 1669.

Ni Victoria ni Margarita vieron a Ana dentro de la habitación. Margarita declaró haberla visto acostada en el suelo del zaguán de la casa, y añadió que, “por la mañana, Juana le preguntó a la dicha negra por donde había entrado, y la negra no respondió”.

¿Tenía Ana Mandinga el poder de la bilocación? ¿Tenía acaso el don de la intangibilidad y podía atravesar las gruesas paredes de tapia para atormentar a su ama? ¿Era una mera histeria colectiva, fruto de la superstición colonial? Para Juana Garcés solo había una única respuesta: Ana Mandinga era bruja.

## El desarraigo

Ana había nacido en África Occidental y era de nación Mandinga. Ella, como casi doce millones de africanos, fue arrancada de su tierra y embarcada forzadamente al otro lado del Atlántico para ser esclavizada en América. Por



Testimonio de Ana Mandinga ante el alcalde de Santa Fe de Antioquia el 17 de septiembre de 1669. Foto: Jacqueline Gutiérrez.

tanto, todo el documento 5169 del Fondo Mortuorias del Archivo Histórico de Antioquia, —en el que se registra el proceso en contra de Ana—, se refiere a ella como “negra bozal” o “negra de barco”, pues a diferencia de los “negros criollos” que nacían en América ella era africana. “Ana Mandinga, natural de Guinea, [...] de treinta años más o menos”, se presentó así ante el alcalde de Santa Fe de Antioquia el 17 de septiembre de 1669.

Al llegar a América, fue vendida en Cartagena a Mariana de Herrera y Tapias, ilustre dama de la época que fue esposa del gobernador de Antioquia Manuel de Benavidez y Ayala, y tras la locura y posterior muerte de este, contrajo segundas nupcias con el también gobernador de Antioquia don Francisco de Berrio y Guzmán.

En Cartagena, Ana se dedicó a las labores domésticas en casa de su ama, especialmente a lavar, pero sufrió el rigor del maltrato. “La negra Ana estaba a cargo de una parda, que la enseñaba a lavar y la solía castigar con aspereza”, declaraba Felipa, negra criolla, el 25 de octubre de 1669. Además de Felipa, otras compañeras de esclavización en Cartagena coincidían en que Ana Mandinga “sirvió muy bien y limpiamente a su ama”, y hacía muy bien su trabajo, aunque era obstinada y soberbia: “Y solo sabe que [Ana] era algo soberbia, y que, aunque la castigaban, no se le reconocieron ningún defecto”, agregaba la esclavizada Bentura el mismo día de octubre.

El historiador Gregorio Saldarriaga, quien estudió este caso en su artículo “Redes y estrategias femeninas de inserción social en tierra de frontera”, señala que a mediados de 1660 Mariana de Herrera se instaló en Antioquia con su segundo esposo, trayendo desde Cartagena a sus esclavizados, entre ellos a Ana Mandinga. Tiempo después, Ana fue vendida al matrimonio conformado por Juan de Castañeda y Juana Garcés, que vivían en Santa Fe de Antioquia.

En su nueva residencia, Ana logró acercarse a la ama, Juana Garcés, y se convirtió en su esclavizada de confianza, por lo que se presume que estaba en función del universo doméstico del hogar. Sin embargo, esta cercanía no la blindó del maltrato del amo, pues Juan de Castañeda la azotaba con frecuencia. “Y que, viniendo este testigo de la ciudad de Cartagena, y llegado a casa de Juan de Castañeda vio a la dicha negra y ella le dijo cómo la azotaba Juan de Castañeda [...] y le mostró las nalgas y azotes y le dijo: ‘ya lo veis, este hombre cual me pone a buen seguro, que no me ha de azotar más’”. Y dentro de poco tiempo murió Juan de Castañeda”, expuso Pedro Bazán el 16 de julio de 1669.

La casualidad de que la muerte del amo hubiera sucedido poco tiempo después de que Ana Mandinga sentenciara que no la iban a azotar más, levantaría sospechas más adelante.

## Del amor al odio...

El repentino fallecimiento de Castañeda acercó a Juana a su hermana Margarita y a su cuñado Antonio Flórez; y obviamente a Ana Mandinga. Un día de 1668, Juana comenzó a sentir un dolor en el brazo. Como Ana era de confianza le pidió que le ayudara, y esta, tan dispuesta, comenzó a sobarle el brazo con yerbas. El dolor empeoró con el tiempo y se agravó hasta el punto de que le salieron apostemas en el pecho y el cuello. Ana buscó yerba de escobilla, un tipo de maleza conocida por sus propiedades antiinflamatorias y desinfectantes, con el fin de untárselo a su ama, posiblemente como un emplasto para mejorar los abscesos purulentos. “Para untar el pecho y pescuezo del apostema de su señora cogió la yerba de escobilla, que es buena para reventar apostemas, y se la puso porque esta confesante padeció de apostema en un pecho y su madre le puso escobilla y reventó con ella y quedó sana”, contó Ana ante el alcalde de Santa Fe de Antioquia.

Otro día de finales de 1668 o comienzos de 1669, Juana y algunos de sus esclavizados visitaron la estancia del gobernador de Antioquia Juan Gómez de Salazar y allí participaron en la matanza de un cerdo. La cocina —bajo el crujir de los tizones y envuelta en una bruma de olores a leña, a sangre y a pelos de marrano chamuscados— debía ser un solo ajeteo. Por un lado, los hombres esclavizados carneando el cerdo; por el otro, las mujeres preparando los guisos y las tripas que usarían para chorizos y longanizas, a la vez que ya se debía tener listo el lugar para ahumar una parte de la carne y salar la otra.

Juana Garcés bien podría haber estado supervisando el trabajo, o quizá también quería darles su sazón a los embutidos. En todo caso, le entregaron unos ajíes maduros, apachurrados, y el jugo empezó a escurrirle por la mano. El ardor comenzó y le pidió a Ana que le ayudara, por lo que Ana, muy solícita, tomó algunas de las hojas de col que estaba picando y se las entregó para que se estregara las manos y se limpiara. Lo que en principio pareció un mero acto de servicio se convirtió en un auténtico atentado contra la ama cuando al frotarse con las hojas empeoró la piquiña y arreció el enrojecimiento. “Y llegó la negra Ana Mandinga, su esclava, y le dijo que se untara una yerba que llevaba, y se la untó a su señora [...], con lo cual

le precipitó más el ardor, que le obligó a lavarse la mano y no se le quitó, y fue a más y repuntó una hinchazón en la garganta que le aumentó y le corrió por el pecho y en el brazo”, narró Esteban de la Cruz el 16 de julio de 1669.

Tras el incidente y recordando el episodio de los apostemas, Juana adelantó su viaje a Santa Fe de Antioquia y empezó a sospechar que Ana quería hacerle daño. Además, hiló una historia con otra y entró en su cabeza la idea de que Ana había matado a su marido. “Asimismo, clamaba la dicha Juana Garcés que la dicha negra Ana le había muerto a su marido [...] y le dijo: quitate de aquí, que me estás matando”, agregó Esteban de la Cruz. Mientras que Antonio Flórez, cuñado de Juana, reportó que ella le había dicho “que su negra Ana la estaba mandando, que le había untado yerbas porque la había hecho castigar porque no le servía bien y vivía mal, inquieta”.

La Colonia era una sociedad oral y aural (de escucha), pues el analfabetismo era imperante. Así, el rumor era importante para mantener la buena reputación de una persona o para cohibir y penalizar ciertas conductas mediante el escarnio. En este caso, Juana Garcés aprovechó cada oportunidad que tuvo para hablar mal de Ana y acusarla de que quería enyerbarla, casi como si esto pudiera revertir el mal o hacer cambiar de parecer a su esclavizada: “En esta ciudad ha oído decir públicamente la enfermedad de la dicha Juana Garcés son yerbas”, reportaba Juan Ignacio Moreno el 13 de junio de 1669. Juana, incluso, había solicitado al libertero, Pedro Bazán, que le pidiera a Ana que dejara de hacerle daño: “Y por el conocimiento que tenía de ella le dijese y aconsejase la curase, y que en el discurso de esta conversación entró la negra y se alborotó [...] y este testigo volvió en la noche a buscar a la negra, y llamándola para hablar con ella se alborotó más y le dijo que qué quería, que la dejase, que no era bruja [...] y dicha negra salió huyendo”, narró Bazán.

De hecho, este “gran peligro de la vida” se materializó un mes después, el 14 de julio de 1669, cuando Juana murió tras estar cuatro meses postrada en cama. Falleció en casa de su hermana, quien la asistió durante su enfermedad. “Y preguntándole esta declarante lo que sentía, respondió que la negra le había muerto como lo vería, y a medio día se le quitó el habla y murió”, añadió Margarita. Juana Garcés murió sin hijos y fue amortajada con el hábito de San Francisco, como era costumbre en ese tiempo para pasar a la otra vida envuelta en ropas de humildad.

## Me han de comer los gusanos

Juana desconfiaba de Ana y la apartó de su lado. Veía en esa mujer africana la encarnación de sus males y a las yerbas que había usado, como ponzoñas. Empezó a dormir rodeada de velas y faroles, acuartelada con trancas y seguros, y tomó a Victoria, una mulata esclavizada, como su nueva confidente. También visitaba asiduamente a su hermana Margarita y a su cuñado Antonio, como si la compañía pudiera paliar los supuestos efectos herbolarios de Ana. Sin embargo, se despertaba en

las noches sobresaltada, creyendo que Ana se colaba subrepticamente a su aposento para sobarle el brazo y matarla a cuentagotas. Esta idea se reforzó a principios de 1669, cuando Juana empezó a expulsar gusanos. “Curando Ana a la dicha enferma por yerbas, resultó echar por el pecho izquierdo, por el pezón, cinco gusanos, que los dos de ellos los sacó la dicha Juana Garcés y los otros parecieron pegados en la camisa. Y por el pescuezo por donde reventó, salieron otros tres gusanos blancos, muy delgados, y los del pecho tenían las cabezas coloradas como un carmesí”, relató Margarita Garcés.

En ese sentido, desde el 12 de junio de 1669 el alcalde de Santa Fe de Antioquia, Miguel Martínez Vivanco, había abierto investigación contra Ana Mandinga. “A mi noticia es venido que Ana, negra esclava de Juana Garcés, es yerbatera y usa hierbas venenosas y que habiendo muerto con ellas según es público y notorio Juan de Castañeda, su amo, ahora de presente tiene emponzoñada a Juana Garcés, su ama, con un brazo y un pecho tan hinchado, que es deforme; y la susodicha en gran peligro de la vida. Y porque semejante delito no quede sin castigo, por lo que toca a la vindicta pública y que a otros sirva de escarmiento, debo de mandar y mando se haga información sumaria sobre el caso referido”.

De hecho, este “gran peligro de la vida” se materializó un mes después, el 14 de julio de 1669, cuando Juana murió tras estar cuatro meses postrada en cama. Falleció en casa de su hermana, quien la asistió durante su enfermedad. “Y preguntándole esta declarante lo que sentía, respondió que la negra le había muerto como lo vería, y a medio día se le quitó el habla y murió”, añadió Margarita. Juana Garcés murió sin hijos y fue amortajada con el hábito de San Francisco, como era costumbre en ese tiempo para pasar a la otra vida envuelta en ropas de humildad.

## La yerbatera

Tras la muerte de Juana Garcés, el alcalde ordenó encarcelar a Ana Mandinga mientras se adelantaban las averiguaciones. En principio, los testigos replicaron las acusaciones que Juana había dicho en vida: el episodio de los ajíes y el apostema, los gusanos y hasta la curiosa coincidencia entre la promesa de Ana y la posterior muerte del amo. Todo apuntaba a una sentencia por yerbatería, agravada por la muerte de los dos amos. Ya existían varias leyes para perseguir la curandería y yerbatería en América. En el Libro 5°, Título 6, Ley 5 de la *Recopilación de Leyes de las Indias*

se lee: "Mandamos que no se consienta en las Indias a ningún género de personas para curar de medicina, ni cirugía, si no tuvieren los grados y licencia del Protomédico que disponen las leyes".

Los españoles castigaban a curanderos y yerbateros afro e indígenas porque no se fundamentaban en principios médicos de Galeno o Hipócrates, pero sobre todo por sus relaciones mágicas y espirituales con la naturaleza. "La yerbería no era considerada como método curativo legítimo, dado que en algunas ocasiones se consideraba un *pharmakon*, que hacía las veces de remedio y ponzoña", explica el historiador Juan Sebastián Ariza en *Remedios o ponzoñas? Aproximación al uso de la yerbería como método curativo en el Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII*.

Por otro lado, la delgada línea entre curandería, yerbería y hechicería podía hacer que se pasara de una mera amonestación, multa o un par de días en prisión, hasta un auténtico proceso en el Tribunal de la Inquisición en Cartagena, con todo y auto de fe y abjuración de pecados. Vale traer a colación el famoso caso de las llamadas "brujas de Zaragoza", en el que las esclavizadas Leonor Zape, Guiomar Bran, Polonia y María Linda Mandinga fueron acusadas de brujería y hechicería por la Inquisición entre 1618 y 1620. Ya las leyes españolas y la Iglesia habían cerrado filas contra lo que ellos consideraban herético, en principio, con las campañas de extirpación de idolatrías contra los indígenas, en las que se persiguió a chamanes y sacerdotes tradicionales con el fin de erradicar los últimos vestigios de las religiones amerindias, pero también evangelizando a los africanos traídos forzadamente a América.

"La medicina que les da cualquiera, aunque sea compuesta por encanto, hechizo o arte del demonio, sin el menor reparo se la toman si les da esperanza de sanar", se quejaba el Catecismo del Concilio de Trento de mediados del siglo XVI. Mientras que en el Libro 6°, Título 1, Ley 35 de la *Recopilación*, se lee: "Contra los hechiceros, que matan con hechizos, y usan de otros maleficios, procederán nuestras Justicias Reales".

En ese sentido, Ana Mandinga debió estar muy angustiada, pues las acusaciones que pesaban sobre ella eran muy graves, al igual que el castigo que podría esperarle. Al haber vivido en Cartagena, es posible que hubiera visto o escuchado sobre la Inquisición y la suerte que les esperaba a las personas acusadas de hechicería.

### Interés, cuánto valés

En el proceso Ana fue interrogada por el alcalde de Santa Fe de Antioquia y negó cualquier conocimiento en yerbas o cualquier intención de dañar a sus amos: "No le hizo daño ninguno a su señora, aquí delante de Dios [...] y no sabe de yerbas ni usa de ellas", mencionó. Sin embargo, el alcalde la dejó en prisión.

Ante la muerte sin hijos de Juana Garcés, sus herederos fueron su hermana Margarita y su cuñado Antonio Flórez. En tanto ellos recibirían los bienes de la difunta, Antonio intentó rebatir el encarcelamiento de Ana, pues era una oportunidad lucrativa. "Mi mujer dio querrela contra Ana Mandinga, negra esclava que fue de la dicha Juana Garcés, sobre algunas sospechas de su muerte, y porque todas han salido inciertas [...] y porque no hay ni resquicio de culpa contra la dicha negra Mandinga por donde valga ser castigada [...] y a esto no me mueve otra cosa más que la caridad y compasión de la dicha negra que padece en la cárcel pública [...] a vuestra merced pido y suplico se ha de servir echarla de la prisión, por ser cosa piadosa", pidió al alcalde en octubre de 1669.



Como pesaban acusaciones contra Ana Mandinga, se requería de nuevos testimonios que cambiaran la balanza a su favor. Por tanto, Rodrigo Arias, defensor de los bienes de Juana Garcés, presentó como testigos a cuatro mujeres (Felipa, Bentura, Potenciana e Isabel) que habían vivido con ella en Cartagena como esclavizadas de Mariana de Herrera. Todas coincidieron en que nunca la vieron usando yerbas: "No se le sintió ni sabe que tuviese defecto de yerbería ni bruja ni otra cosa mala", afirmó Isabel el 25 de octubre de 1669.

El 8 de noviembre, el alcalde Martínez aceptó las declaraciones de los nuevos testigos y sentenció que: "Atento a la que de oficio se siguió no resulta por

ciencia cierta ni evidente delito contra Ana Mandinga [...] y da por libre a la susodicha y véndase con los demás bienes de Juana Garcés".

Entre abril y mayo de 1670, Lorenzo, negro pregonero, recorrió las callejuelas de Santa Fe de Antioquia pregonando el remate de Ana Mandinga, buscando posibles compradores. Finalmente, fue vendida a Bartolomé de Aguiar por 220 pesos de oro de a veinte quilates.

Juana Garcés bien pudo enfermar de una parasitosis: de ahí los abscesos, los ardores, la inflamación y los gusanos. No obstante, su concepción del mundo estaba mediada por su época, una sociedad católica y ultramontana, que

igualmente creía en el universo místico de maleficios, brujas y demonios. Ana, en tanto mujer esclavizada, fue el chivo expiatorio para canalizar los temores y supersticiones de su ama, pero también de otros blancos temerosos, rodeados de una naturaleza desconocida y unos subordinados que los rebasaban en número y que en cualquier momento podrían sublevarse. ©

Cuidar en juntanza,  
el mundo que  
nos abraza.  
Más confianza para  
nuestra casa.

  
cooperación verde

  
el eden  
Reserva natural

  
confiar  
coop



Hace exactamente cinco años Maradona estaba viviendo su última experiencia en las canchas. Arengaba a la tropa de Gimnasia desde el banco, dirigía la tribuna y el equipo. La Plata se rendía ante el 10, hasta los hinchas de Estudiantes querían tocarlo con los ojos. No había táctica, solo alma y ruegos a D10S para no descender. Y el milagro llegó, apareció el coronavirus y la AFA canceló el descenso ese año. Diego todo lo puede.

## DIEGO LATE EN EL BOSQUE

por MUTO • Fotografías por el autor

En noviembre de 2019, en pleno ejercicio de su cargo como director técnico de Gimnasia y Esgrima de La Plata, Diego Maradona arengaba a las tribunas desbordadas del Juan Carmelo Zerillo. Eran los minutos previos al inicio del clásico platense y un Diego de casi sesenta años, relleno y de aspecto bonachón iba y venía frente a las gradas. No era el Diego de otros tiempos, su presencia física en el mundo parecía ralentizarse y retroceder, pero esa tarde, con el rostro alzado hacia la horda blanquiázul, arengaba apasionadamente y acompañaba su llamado con golpes firmes y rítmicos del puño cerrado sobre su pecho. La enardecida hinchada tripera replicaba su canto y coreaba. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Con el corazón ganamos!

Es longevo el repertorio del clásico platense. El siempre anticipado Gimnasia versus Estudiantes de La Plata se habrá jugado unas doscientas veces desde que ambos equipos se miraron de igual a igual en la primera división de la liga profesional argentina. Más de un siglo después la rivalidad entre ambos clubes y sus hinchadas es tan profunda que se ha arraigado en la historia de la ciudad y al duelo se le considera uno de los grandes clásicos del fútbol nacional. Y entre todas las disputas, ya fuera en el Bosque tripero o en el vecino césped de Estudiantes, posiblemente ninguna haya sido tan atendida, comentada y revisada como la que se jugó aquel día que Diego dirigió al Lobo.

Desde su llegada a Gimnasia, un par de meses atrás, la sola presencia

del ídolo en la banca le derivaba al club miles de nuevos socios y seguidores, un sólido repunte en ventas de mercadería y la atención obsesiva de medios locales y prensa internacional. La nebulosa maradoniana, en la que fácilmente coincidían con naturalidad Abuelas de la Plaza de Mayo con gurús mediáticos y traficantes de poder de todas las calañas, ahora imantaba al relativamente desconocido club deportivo y lo inauguraba en la caótica platea global. Y en ese escenario destacaba, entre todas, una consigna: mantener al Lobo, una vez más, por fuera de la zona de descenso.

La historia de Gimnasia y Esgrima de La Plata se atrinchera en la tradición obrera y popular. Fue el club que captó las expectativas y el sentir de la vida villera y las juventudes inmigrantes de principios del siglo XX. La ciudad de La Plata se construyó con un ojo puesto en la grandiosidad de la Buenos Aires porteña. Quería impresionarla, hablarle de igual a igual. Miles de italianos pobres, predominantemente del sur de Italia, llegaron en tren a la vieja ensenada donde crecía un bosque de robles y eucaliptos, asentaron la primera roca y, mientras elevaban catedrales y palacios tan fastuosos como los de la vieja Buenos Aires, expandieron la barriada por la pampa platense.

En una esquina de El Mondongo, un hinchado exaltado por la lírica tribunera me atrae con un vaso de vino a los territorios de la mitología tripera. Es un martes por la tarde en la previa del partido contra Argentinos Juniors, el equipo donde debutó profesionalmente el pibe de Villa Fiorito, y debemos hablar fuerte. Varios grupos de triperos, hombres y mujeres, cantan abrazándose y saltan a nuestro alrededor.

—Escuchame, Diego vino al Lobo porque quería volver a la villa, a lo popular. Argentinos lo vio nacer y Gimnasia fue su último amor, ¿viste? Él lo decía siempre. Los triperos le recordábamos a la hinchada del Napoli, que fue

otro amor suyo. Nosotros no hemos ganado mucha cosa, pero él quería estar acá. Diego vino acá al Bosque, él solito, y nos buscó.

En los muros cubiertos de azul y blanco que nos rodean el arte tripero se explaya con afiladas criaturas y consignas. Pibes lobos blanden cuchillos terribles en nombre del honor obrero y popular. Mucha de la imaginaria tripera es una resonancia de otros tiempos. Sus armas blancas son los sables de la noble esgrima que identifican al club fundado en 1887 reducidos y deformados en la larga faena de la industria de la carne. Un siglo atrás, El Mondongo fue fundado y habitado por las hordas obreras de los frigoríficos de Berisso y el Río de La Plata. Aquellos carniceros de overoles percutidos que llenaban tribunas de tabla precaria en el Zerillo eran descuartizadores y tajadores auténticos. Triperos originales.

El arte que recorre los muros de El Mondongo se expande y abraza el universo que conforman el viejo Bosque platense y el estadio. En medio de los rituales del escabio y la fuma, típicos de la previa futbolera, entre cantos y arengas, veo el icónico rostro de la final de México 86 batiéndose en banderas que avanzan junto a un camino de eucaliptos centenarios. Cedros y araucarias gigantes resguardan el ardor de los puchos. Algunos hinchas van envueltos en trapos que revelan otros rostros y nombres triperos. Uno al que llaman el Negro José Luis fue un gran líder y luchador callejero, le gustaba agazaparse entre las ramas de los nativos ombúes y lanzarse de repente sobre sus enemigos. El Loco Fierro es una leyenda. En un clásico que se jugó en el estadio de Estudiantes, cruzó la cancha él solo y de regreso a la enloquecida hinchada blanquiázul traía consigo una bandera roja que arrebató a los putos a pura garra y destreza carniceira. Eran los noventa. La proeza de esta conquista y otras transgresoras locuras lo convirtieron en símbolo indiscutible



de la barra. La Banda del Loco Fierro o La 22 son los nombres de la barra brava de Gimnasia.

En el olimpo tripero parecen ser más apreciados los líderes de tribuna que los propios jugadores. A Timoteo Griguol, el DT gimnasiero por excelencia, se le recuerda sobre todo por su espíritu pedagógico, una suerte de figura paterna dentro de la institución. El Viejo le dicen. Y en muros y banderas se replica un rostro tan icónico como el del Loco Fierro: el de un platense ilustre al que la hinchada blanquiázul define como "el tripero que más sabía del corazón". René Favalaro, me explican, no es simplemente un médico importante que nació y creció en las calles de El Mondongo y que siguió al Lobo toda su vida. Favalaro inventó la técnica del bypass coronario, su trabajo, replicado en todo el mundo, cambió la medicina del corazón para siempre.

El humanista que a través de su fundación operó a miles de argentinos y jubilados, "gente que no tenía un mango", decidió terminar con su vida disparándose en el corazón. El suicidio ocurrió menos de un año antes del estallido social del 2001. Con ese disparo, Favalaro le enviaba un mensaje a la Argentina convulsionada y hambrienta de Fernando de la Rúa y a todas las argentinas por venir. Una de las tribunas del Zerillo lleva su nombre.

—¿Conociste el estadio de los putos? —me pregunta un veterano tripero de Los Hornos que encuentro fumando sobre un viejo eucalipto derribado por una tormenta.

Rubén se refiere al estadio UNO de Estudiantes, una mole de cemento que se levanta en los límites del Bosque, no muy lejos de los recovecos y senderos triperos que nos rodean. En su arquitectura mínima, que se despliega como un gran contenedor, resplandecen vitrinas de tiendas y restaurantes temáticos. Aerografías a gran escala de la copa del mundo que ganó el club en el 68 decoran su costado más occidental, el que mira a la ciudad. Juan Sebastián Verón, enemigo público de Diego desde que jugó bajo su dirección en la selección argentina del mundial de Sudáfrica, se ha encargado de llevar el club a las arenas del mercado global. Desde el inicio de su administración, en 2018, su gestión parece anticipar los destinos del fútbol argentino y sus clubes, el llamado triunfo del capital privado sobre el patrimonio colectivo.

—¿Alto estadio, eh? —continúa Rubén—. Han ganado todo los putos, ¿viste? Intercontinental, Libertadores... Pero aquí en el Bosque mucho no los ves. Son unos culorrotos esos.

El tripero que va trajeado con la ropa deportiva del club, todo azul marino con franjas blancas y zapatillas deportivas blanquísimas, se yergue sobre el tronco muerto y me lleva al día que Diego fue presentado como director técnico del Lobo. Aquel mítico día en el Zerillo. Rubén describe las hordas de triperos que esperan desde la noche anterior en carpas y campamentos. Hay hinchas mimetizados de River y Boca. ¡Hasta los putos están! Largas filas de camiones con equipos de transmisión esperan junto al estadio. Hay equipos de periodistas de todo el mundo. Adentro, hay más fotógrafos de los que Rubén haya visto jamás en un partido. Más que esa vez en el San Paolo, recuerda, cuando una muralla de cámaras recibió a Diego el día de su presentación oficial en el Napoli. ¿Te acordás de eso, vos?

Rubén continúa: Diego llega al Zerillo después de mediodía. Cuando se

acerca al estadio, pasa algo. La tribuna de sesenta metros tiene espacios entre las gradas, como rendijas ¿viste? Maradona entra por uno de los accesos que están sobre ese costado del estadio y la gente se agacha a mirar. Se inclinan, de espaldas a la cancha. Son miles de hinchas, recuerda Rubén, y lo único que se ve son todos esos culos y espaldas y ni una sola cabeza. Rubén suelta una carcajada que es puro humo. ¡Como musulmanes en La Meca, guacho!

Cuando finalmente Diego aparece en la cancha, el estadio sembrado en el corazón del Bosque platense parece venirse abajo. Camina saludando, pero no se detiene. Continúa hacia el otro extremo, hacia la barra de La 22. Estallan bengalas, explosiones, los cánticos se inflaman entre una humareda azul. Entonces, a unos pocos metros de la malla, se detiene. Rubén imita el gesto que hace aparecer la pelota y sostenerla sobre la mano abierta. Y luego esa misma mano la eleva y la ofrece a la horda tripera.

Ya he visto antes la escena en fotografías y videos, es un momento idílico, pero cuando Rubén reproduce la acción encima de ese árbol muerto, en su mano alzada no veo un balón, veo algo que se hincha y palpita.

Gimnasia estaba en el fondo de la tabla de posiciones del torneo profesional cuando Diego llegó al Bosque. La campaña del 2018, con Pedro Troglio en la dirección, había dejado, una vez más, el sinsabor de un subcampeonato. Desde entonces el rendimiento del equipo se había ido a pique. El fantasma del descenso a segunda, una realidad en 2011, tocaba nuevamente a la puerta del club. Un Diego optimista se propuso mantener a raya la deshonra y alentó a las jóvenes almas tan bien como pudo. Para el recuerdo quedan las propinas que repartía en camerinos antes de cada juego y sus consejos no tanto técnicos como paternales. A Diego le interesaba la relación de los jugadores con sus madres. Hablaba constantemente de la suya, doña Tota y lloraba con facilidad. La figura de un segundo y casi anónimo DT suplía las constantes irregularidades. Por aquellos días Diego era una persona altamente medicada.

Mientras hacemos tiempo frente a uno de los cordones de ingreso al Zerillo, en la antesala del partido contra Argentinos Juniors, Matías recuerda algunos eventos del clásico platense del 2019. Aquel día vino en compañía de su novia, su padre y su abuela de ochenta años. Se suponía que iba a ser una fiesta, pero al final el Lobo fue incapaz de romper la racha de casi una década sin ganarle a Estudiantes. Su abuela italiana, que llegó de adolescente a La Plata a trabajar en los campos y se hizo tripera hace más de medio siglo, se quedó muda después del gol de los pinchas, en el segundo tiempo, y salió del estadio sin soltar palabra. No asistía a la cancha desde los noventa y había regresado solo para ver ganar al Lobo. En el camino de regreso rompió el silencio.

—¡Ni con el Diego, la puta que los parió!

Matías viene al Bosque desde que su padre lo traía en hombros. Se hizo socio del club cuando tuvo su primer trabajo, a los doce años, y hoy tiene 35. Y desde que puede recordarlo, los asuntos relativos al club, los relevos en la comisión directiva, los cambios de presidencia, las decisiones sobre jugadores y plantel son cuestiones que se han discutido en su casa del mismo modo que se discute de política nacional. No hay ninguna



distinción. El día de la presentación de Diego en el Zerillo fue para él y su familia la confirmación definitiva de algo que parecía imposible, un rumor al que se habían resistido. ¿Qué venía a hacer Diego a un club que nunca ha ganado como Gimnasia?

De los veintitantos partidos que Maradona dirigió en el club, aquel clásico fue el más importante y posiblemente el que lo vio en mejor forma. Mucho se decía sobre su salud. Que al ídolo se le diezmaba con incontables pastillas y medicamentos, que unos pocos se enriquecían a expensas de su vulnerabilidad y que muchas veces, sobre todo al final, no había Diego, solo alguien demasiado dopado para hacer cualquier cosa que no fuera balbucear.

Por lo mismo, Matías recuerda al Diego del clásico como su mejor versión de esos días. Disfrutaba reviviendo la situación que se originó en el entretanto, cuando ante la mirada de todo el estadio, Diego se metió a la cancha y como cualquier DT de pueblo fue a hacerle pelea al diez de Estudiantes, acusándolo de incitar a sus jugadores y propiciar el mal juego. Por un momento la Gata Fernández pensó con la sangre galopándole en el cuello y le devolvió el revire y las acusaciones como si se tratara de un igual. Los rodeaba un enjambre nervioso de jugadores, brazos de confianza intentaban hacer retroceder al encabronado DT.

—Te gustan las cámaras a vos —le dijo la Gata riéndose y pasándole una mano detrás del cuello, canchero. A Diego se lo llevaban un poco a la fuerza.

—Me gustan las cámaras desde mucho antes que a vos tu viejo te tuviera entre los huevos —gritó.

Era genial ver a Diego peleándose así. La Gata era por aquellos días un referente indiscutible del equipo. Figura crucial en el reciente triunfo por la Libertadores. Después tendría que salir a disculparse en público. Su insolencia

había desatado las críticas. Los triperos celebraron ver a un culoroto de su tamaño en tremendo apuro.

Diego murió un año después de aquel clásico. En los estadios que pisó durante su campaña con Gimnasia fue ovacionado por hinchadas de todos los colores. Se sentó en sillas resplandecientes y de altos espaldares, como tronos, mientras las hordas coreaban su nombre. La noticia de su muerte desencadenó un ardor de multitudes que llenaron plazas y avenidas en plena cuarentena, un duelo público que se extendió por semanas. Cuando su cuerpo fue enterrado en Buenos Aires, no muchos sabían que dentro no había un corazón.

Comprometido por una orden judicial, el órgano colapsado había sido retirado del cuerpo y enviado a los laboratorios del Departamento de Patología Forense, en La Plata. Junto al pequeño edificio en el que desde entonces reposa su corazón, hay hileras de fresnos y cipreses. Está tan cerca del estadio del Lobo que solo hace falta una tranquila caminata para ir de un lugar a otro.

Matías conoce muy bien esta circunstancia y la compleja red de trabas y cuestiones jurídicas y legales que la ocasionaron. Me cuenta que por los mismos días circularon rumores sobre un supuesto “rescate”. Se decía que una caravana de La 22 había escoltado la ambulancia que trajo el corazón desde Buenos Aires hasta el Bosque. Incluso se dijo que la barra había planeado secuestrar el vehículo y que se había desplegado un operativo policial para impedirlo, pero después de algún revuelo mediático miembros de la misma hinchada desmintieron el asunto.

Poco después, en la previa de un nuevo clásico, la tribuna del Loco Fierro mostró al estadio y a las cámaras un trapo enorme que decía: Tenemos el Corazón de Diego.



En los bajos de la tribuna se vive un ambiente tranquilo y como de día feriado. Muchos aficionados parecen llegar recién de sus trabajos. Son laborantes. Me cruzo con padres que llevan niños y niñas en hombros, madres lactantes, corrillos de jubilados de caballos blancos que conversan reposadamente. Nuestro costado del estadio recibe al aficionado raso; en el otro extremo, allá donde ya comienza a reparar el bombo, se instala la barra. Los pibes lobos que cantan y danzan en el frío aire de la tarde, entre humaredas y banderas con ídolos y consignas, no han venido a ver fútbol, o no como nosotros. No les interesan las circunstancias del juego. Han alentado al Lobo en medio de goleadas y derrotas apabullantes para admiración y desconcierto de muchos. Lo han acompañado en la humillación y la esperanza arrebatada. Siempre vibrando y girando. Su fidelidad pasa por argumentos distintos a cualquier resultado.

Busco sitio en algún lugar detrás del arco de Gimnasia mientras el sol cae frente a la tribuna y por encima de la barra y las banderas blancas y azules que se alzan y agitan en el aire. Las altas copas del Bosque platense se cubren de un aura dorada.

Gimnasia vs. Argentinos Junior es el primer partido de la liga profesional argentina al que asisto en mi vida. Cuando los jugadores salen a la cancha tengo la impresión de que son muy jóvenes, como si recién dejaran de ser niños. Pero allá adentro todo es muy sacrificado y sumamente importante, nadie ríe. Minuto a minuto, jugada a jugada, los hombres y mujeres que me rodean vibran como en un mar tranquilo o se inflaman, se aferran con fuerza, se sacuden. Se ahogan y vuelven a respirar. De repente hay un silencio magnífico. Dura nada, pero puedo escuchar el sonido preciso del pie golpeando el balón y después el coro que se desborda y llena el Bosque con el sonido maravilloso de una victoria. ☺

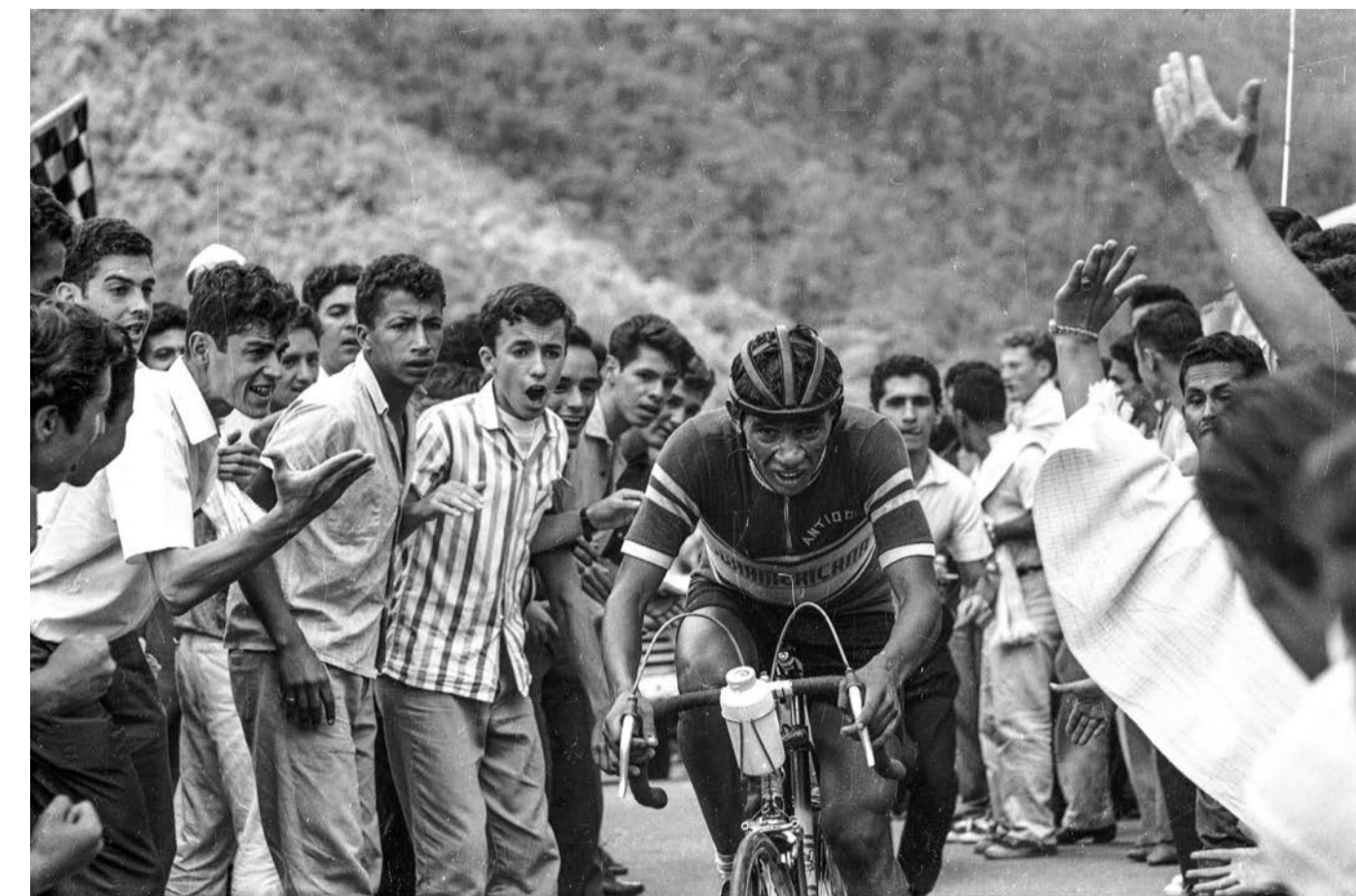
**Después** de la primera Vuelta a Colombia nada volvió a ser igual. De golpe el ciclismo se convirtió en un suceso delirante. Entre trochas de arena, lodo y piedra se desplegaron hordas de ciclistas furibundos que dominaron el indómito paisaje nacional. Ningún país de Latinoamérica había vibrado en tal magnitud con el ciclismo hasta convertirlo en parte de su cultura popular, Colombia sí. Los artífices de esta devoción colectiva fueron los hijos de campesinos pobres que llegaron a las ciudades y se treparon en la bicicleta buscando patrocinadores que les dieran un empujón para despegar en su carrera deportiva. Uno de esos muchachos fue Javier Amado Suárez —el icónico Ñato Suárez—. Hijo de madre soltera que, recién llegado a Medellín desde Donmatías, dedicaba sus días a vender paletas y a recoger boñiga para ofrecerla de casa en casa. Vivía en un barrio humilde cuyo nombre parecía muy cercano al cielo: Santo Domingo Savio. Hasta allí llegaba la señal intermitente y ronca de la radio con las narraciones que anunciaban las proezas de las figuras más rutilantes del ciclismo.

A los ocho años Javier escuchó con devoción la primera Vuelta a Colombia; en principio la asoció con un evento tan sangriento como una corrida de toros. Escuchaba atónito cómo los pedalistas quedaban hechos trizas después de las caídas, la bicicleta era para Suárez un caballo salvaje de acero conducido por héroes.

Como el noventa por ciento de los ciclistas colombianos Javier llegó a la bicicleta por necesidad. Empezó a montar en una bicicleta prestada, haciendo domicilios en una farmacia en Medellín. Compró su primera bicicleta con la plata que le prestó un jefe, en ese entonces le valió 260 pesos, una deuda eterna que fue pagando a cuotas. Un día de 1957, un amigo le propuso de manera insistente dedicarse al ciclismo, pero él no se decidió. Tiempo después entró a trabajar en un almacén de repuestos. Allí le regalaron ropa deportiva y empezó a rodar en una “navécita” —como la llama él— turismera de un solo cambio. Javier entrenaba desde la madrugada, arrancaba desde Medellín hacia Barbosa, Santa Fe de Antioquia y hacia el Oriente antioqueño, rutas en las que fue descubriendo su destreza como escalador. Fue entonces cuando entabló una estrecha relación con Martín Emilio Rodríguez, Cochise, su gran amigo y contrincante del ciclismo. A finales de la década del cincuenta venía gestándose un relevo generacional en el ciclismo nacional, las grandes leyendas se habían enfrentado durante años en duelos magníficos que pusieron a Colombia en el ojo del ciclismo mundial, pero la aparición de un grupo de escajabos jóvenes sacudió con fuerza una nueva década que se batió entre luchas y victorias. En aquel entonces, el médico de los ciclistas, Vinicio Echeverry, y su socia Isabel Ángel dirigían el Club Medio Fondo, un club para jóvenes que estaban iniciando

# Las hazañas del Ñato

por MARÍA ALEJANDRA BUILES • Gestora Archivo Fotográfico BPP



El Ñato Suárez en la Vuelta a Colombia, etapa Riosucio-Medellín, 1965. Foto: Horacio Gil Ochoa.

en el ciclismo al que llegó Javier, un adolescente voraz que estaba dispuesto a dejar en las carreteras del país sudor, sangre y lágrimas. En 1962, con 19 años recién cumplidos, Javier debutó en la Vuelta a Colombia por la puerta grande. Carlos Arturo Rueda, el locutor del transmisor 1 de RCN, lo bautizó como el Ñato aludiendo de manera jocosa a su nariz. En una etapa de doscientos kilómetros desde Manizales hasta La Dorada, de terreno destapado y difícil acceso, bajó pedaleando con tal desmesura por el Alto de Letras, que rodó y quedó catapultado al otro lado de la carretera. El golpe lo dejó inconsciente. Cuando despertó se dio cuenta de que había quedado de tercero. La prensa se llenó de notas que informaban sobre el infortunio del Ñato, las fotos de gestos de dolor y el rostro reventado aparecieron en primera plana. Pero el Ñato estaba hecho para triunfar. Entre 1963 y 1964 se erigió como un gran escalador. Nadie como él para trepar los terrenos más descomunales con pericia. Tantos rivales dejó atrás, en medio de los ascensos, que empezó a ser llamado “el domador del Alto de Minas”. Siguió teniendo protagonismo en las Vueltas a Colombia, en los Clásicos RCN, en la Vuelta a México, en la Vuelta a Guatemala. En 1964, después de rebuscar recursos con un grupo de colegas, atravesó el mundo para participar de los Juegos Olímpicos de Tokio. Cuando volvió de Tokio, el panorama económico no pintaba bien. A pesar de que ya era un ciclista de renombre a nivel nacional, no tenía

un patrocinador que lo impulsara. Gran parte de la camada de ciclistas de la década del cincuenta había logrado salir adelante con el apoyo de pequeños y grandes empresarios que le apostaban al deporte en el país. El 8 de febrero de 1965 le llegó la gran oportunidad: Guillermo Lema Mondragón, un reputado ejecutivo de Sura, lo entrevistó. Cuatro días después se vinculó a la empresa como empleado y como ciclista. Ese año pintaba bien, el Ñato estaba listo para participar en la 15.ª edición de la Vuelta a Colombia, roció su bicicleta con agua bendita y se echó a rodar. Ese año la Vuelta a Colombia empezó por primera vez en el extranjero, en San Cristóbal, la capital de Táchira, departamento fronterizo de Venezuela. En medio de la riña histórica entre Colombia y Venezuela por la frontera, la Vuelta unía a dos pueblos cobijados por los mismos paisajes andinos. Durante esos días, en la radio no se habló de otra cosa, los comentaristas narraron con superlativos las proezas y dolores de la Vuelta. Alberto Piedrahíta Pacheco gritaba arengas al nuevo “Escalador de América”, el Ñato Suárez, que subía con rapidez y arrasaba con sus contrincantes, a quienes dejaba “chupando polvo”. El Ñato ya había sobrevivido a la “etapa de la muerte” entre Riosucio y Medellín, una etapa considerada suicida por los caminos infames de pantano y piedras que se atravesaban, donde Cochise y el Ñato entraron en un duelo hombro a hombro por los tramos más inclinados. Ganar esta etapa le vaticinaba la victoria al Ñato.

Finalmente, la conquista del Ñato se hizo real el 4 de abril de 1965, con un tiempo de 68 horas, 38 minutos y 47 segundos. Le ganó a Cochise por un minuto 49 segundos. El frenesí de los aficionados no se hizo esperar, unas ochocientas mil personas recibieron en Bogotá la caravana de la Vuelta. En ese momento el Ñato se convirtió en una figura épica del ciclismo nacional, consagrándose como un as del pedal. A finales de la década del sesenta y a lo largo del setenta, el Ñato logró lo que nunca pensó: pasó de ser turismero a convertirse en el mejor escalador de una generación de ciclistas voraces. Ganó una Vuelta a Colombia, varios Clásicos RCN, consiguió patrocinadores y sacó a su mamá de la pobreza montado en una bicicleta. En su cuerpo quedó escrita esa historia en carne viva, regada por todo el cuerpo, en cicatrices de caídas, accidentes y desventuras; pero con la satisfacción de cruzar la meta y mover la pasión de sus ídolos. En 1973 se retiró del ciclismo, pero no de la bicicleta. Durante muchos años conservó los vestigios de esa historia: trofeos, medallas y escajabos. Hasta que una noche de 1995 los ladrones entraron a su casa y le robaron los trofeos más grandes. Casi seis décadas después de haberse convertido en un escalador mítico no le hacen falta las piezas robadas. Su recuerdo sigue intacto en las nuevas generaciones de ciclistas aficionados que lo abordan para pedirle una foto y charlar con entusiasmo. Mientras tanto, el Ñato seguirá rodando hasta que los pies lo dejen. ☺

# Entre los ojos del odio

por J. D. R. ORTIZ • Ilustración por el autor



Permítanme, lectores, aclarar lo siguiente: la culpa no la tuvo la desgracia. No crean, sin embargo, que lo que acaeció el 29 de julio en Southport, Liverpool, no fue atroz, porque en realidad lo fue: tres menores de edad fueron asesinadas a cuchillo y otras diez personas —ocho menores y dos adultos— recibieron heridas críticas. Sin embargo, y volviendo al inicio de este párrafo, la culpa de lo que sucedió posteriormente no la tuvo el incidente como tal, sino lo que solo se puede señalar como un vacío de información.

Dicho vacío del que escribo ahora no fue creado a propósito, claro está, sino que se formó debido a que el responsable del ataque era menor de edad y, en

relación con los menores de 18 años, en el Tribunal de la Corona, la Sección 45 de la Ley de Justicia Juvenil y Pruebas Penales de 1999, obliga a guardar la identidad del acusado hasta que llegue a la mayoría de edad. De modo que a la prensa, a las redes y a los políticos no les quedó más que especular sobre quién pudo haber sido el responsable y cuáles fueron sus motivos.

Cuando la verdad objetiva escasea, en su lugar se sienta una parodia subjetiva que funciona como herramienta clave para respaldar una reacción desmedida o para justificar prejuicios o nuevas violencias. En este caso en particular —caso excepcional, de hecho— y teniendo en cuenta el creciente odio por parte de los nativos ingleses hacia

los inmigrantes —legales e ilegales— la única respuesta frente a la pregunta “¿quién fue el sujeto responsable del ataque?” fue: un inmigrante ilegal, de tez morena, religión musulmana y ascendencia árabe.

Consecuentemente, y de la mano de información errónea, el vacío fue relleno con historias artificiales, fotografías de dudosa procedencia y teorías conspirativas por parte de la extrema derecha y de quienes son fácilmente influenciados por la retórica de odio que ella predica. Inmediatamente, el dolor y el desasosiego generado por el ataque tomó el asiento trasero, mientras que adelante y al mando de la cabrilla de la situación se sentaron el odio, la rabia y la violencia.

Entre el 30 de julio y el 7 de agosto, sucedieron alrededor de veintinueve protestas y disturbios antimigratorios en veintisiete ciudades y pueblos de Inglaterra. Mezquitas fueron atacadas, hoteles que albergaban solicitantes de asilo y refugiados fueron violentados e incluso estaciones y automóviles pertenecientes a la policía fueron quemados y destruidos. El peor de los disturbios se presentó en la ciudad vecina a la que vivo, Sunderland, lo cual tuvo repercusiones directas en cómo me sentía con respecto a lo que sucedía en Inglaterra, pues cabe aclarar que ya había sentido ese suave ardor de odio cuando todavía estaba cursando mi máster en la universidad. Me gustaría poder señalar, en beneficio del lector,

el momento exacto en que fui consciente de ello —me refiero al desdén general hacia los inmigrantes—, pero me parece una tarea imposible. Su manifestación no fue repentina y “en mi cara,” por así decirlo, sino más bien lenta, silenciosa, justo debajo de la superficie que, aunque era incómoda, no era del todo intolerable.

Luego de los disturbios en Sunderland, la energía con la que me movía por mi entorno cambió drásticamente. Si antes no tenía ningún problema para hablar en público, ahora me resistía a hacerlo, pues no sabía quién podría oírme y, al identificar mi acento, ponerme algún tipo de problema. De repente, me sentí muy cohibido por mi aspecto. ¿Sobresalgo? ¿Será que no parezco inglés o europeo? ¿Sabrán que no soy de aquí?, me preguntaba mientras caminaba por la calle. En todo caso, la sencillez con la que vivía había desaparecido, y una situación compleja ocupó su lugar. Impensadamente, yo quería echar la lengua hacia atrás todo lo que pudiese para que me resultara imposible hablar, y hundir tanto la cabeza en la chaqueta hasta hacerme invisible. Mis pensamientos, por lo general dispersos y que iban desde “estoy cansado, no quiero trabajar” hasta “me pregunto qué voy a almorzar hoy”, se concentraron en un monólogo interior que consistía en: ¿cómo me justifico si alguien me pregunta de dónde soy? Nunca me habían puesto en esa tesitura, y cada vía que exploraba me parecía ridícula pero también necesaria. ¿Digo que soy de España y que en ese país también estamos hartos de los inmigrantes? ¿Y si notan la diferencia en los acentos? ¿O si me preguntan de qué parte de España soy y no puedo dar una respuesta plausible? Podría decir que soy de Málaga, claro, pero ¿y si me piden recomendaciones de restaurantes o preguntan en qué zona de la ciudad vivo? ¿Puedo decir que soy colombiano y apelar al hecho de que el Tino Asprilla jugó una vez en el Newcastle United, por lo que no debería

haber violencia entre ingleses y colombianos? ¿Me dejarían siquiera hablar?

Como colombiano, ya he experimentado antes una especie de miedo existencial: que me atraquen, que me maten, que me droguen, que me secuestren; este tipo de miedos no necesitan respuesta, o más bien la respuesta es tan directa que realmente no hay que pensar en ella. Es instintiva, viene con el pasaporte. Te rindes al miedo y esperas lo mejor. Por lo contrario, en Inglaterra, la necesidad de encontrar explicaciones y justificaciones sobre quién soy y por qué estoy aquí es nueva, y crea un tipo de pánico muy peculiar, porque no sé si hay una respuesta correcta. O, bueno, hay una respuesta correcta, pero me resulta difícil creer que cuando se haga la pregunta habrá una mente razonable que escuche la respuesta.

A la par con mi desasosiego personal crecía también la tensión dentro del país, incluso después de que la Corte hubiese liberado la información sobre el atacante, quien fue identificado como Axel Rudakubana, nacido en la ciudad de Cardiff, Gales, y cuyos padres eran inmigrantes provenientes de Ruanda. Dicha información no alivió la intranquilidad, incluso cuando contradijo de forma directa todo lo que había circulado en las redes sociales hasta ese entonces, pues este chico no era islámico, tampoco un extremista motivado por ideales de radicalización, ni mucho menos un viejo barbado con un turbante en la cabeza, sosteniendo un machete en cada mano y gritando “Allahu Akbar”. La ola de odio era, en pura apariencia, una que no tenía ninguna pretensión de romper y volver a ese mar negro de resentimiento del que nació, lo cual me puso a mí y a los millones de inmigrantes —tanto legales como ilegales— en una situación de total incomodidad; en la mente de todos nosotros flotaba la siguiente pregunta: ¿será que en realidad somos nosotros el enemigo, o serán ellos los enemigos? Parecía que


los nativos ingleses, quienes durante incontables años explotaron todos los recursos posibles del tercer mundo, ahora no estuviesen muy contentos con la idea de que dicho tercer mundo hubiera venido a sus tierras a disfrutar de las riquezas que les fueron robadas, pero esa es una afirmación para otras páginas. En lo que concierne a este artículo, hay una sensación generalizada de que todos estamos entre el enemigo, sin una respuesta clara sobre quién es y qué es lo que quiere.

La ola de odio, sin embargo, al final sí encontró aquel lugar en el por fin se rompió. Miles de personas en distintas ciudades de Inglaterra —incluyendo la mía, Newcastle upon Tyne— salieron a realizar demostraciones de paz, repudiaron los actos realizados por aquellos que hicieron parte de los disturbios y llamaron a su vez a la unidad, al amor por encima de todas las cosas y a la idea de que en esta isla todos son bienvenidos. A su vez, quienes instigaron el odio y la violencia corrieron a esconderse de nuevo detrás sus teclados, en sus pequeñas cavernas de antipatía, al ver que la respuesta positiva fue mucho más grande y poderosa que la reacción negativa que ellos tuvieron.

Sin embargo, dos meses después de lo ocurrido, los disturbios y las demostraciones de odio tuvieron ramificaciones en el día a día de todos aquellos con quienes comparto este estado de inmigración, puesto que luego de que hubo sucedido lo que nunca debió suceder, no se volvió a lo que uno pueda describir como normalidad, sino a una tensa calma; es como si ahora ese odio nunca estuviese lejos de la superficie. Incluso con las medidas impuestas por el nuevo primer ministro, Keir Starmer, que incluye la liberación de información de manera inmediata luego de un suceso como el ocurrido en Southport, Liverpool, para poder así evadir vacíos informativos, prevalece la sensación de que algo más significativo, más reactivo y violento, y también más trascendente, puede ocurrir en un

futuro más cercano de lo nos gustaría a muchos.

Cabe aclarar, para terminar, que lo que se presentó no es exclusivo de esta isla, sino que es más bien un fenómeno que se está propagando a lo largo y ancho del primer mundo. La retórica del odio hacia los inmigrantes, mezclada con el nacionalismo o patriotismo ha estado cogiendo fuerza en Europa, también en Estados Unidos; los partidos de extrema derecha en países como Italia, Francia y Alemania han estado solidificando su fuerza de manera lenta aunque segura, poniendo en el primer lugar de la agenda la tarea de eliminar la inmigración masiva mientras consolidan la imagen del extranjero como la del principal enemigo. En Estados Unidos Donald Trump ha basado casi toda su campaña en exactamente lo mismo: cerrar el país del todo, expulsar a quienes ya están adentro y lograr, de alguna manera, que vuelva la homogeneidad que no es propia de Estados Unidos —un país fundado y creado por inmigrantes— sino de algo que se podría parecer a la Alemania soñada por un austriaco demente cuyo nombre no necesita mencionarse. Hay que esclarecer, también, que redes sociales como X, de la mano de su dueño Elon Musk, están ayudando activamente a esparcir y darle plataforma a dicha retórica.

Y entre todo esto estamos nosotros, todos nosotros, los que nos hemos atrevido a salir de nuestro país para buscar una mejor vida. Desafortunadamente, en vez de encontrar una tierra llena de oportunidades, dimos con un lugar que nos hace sentir como una visita no deseada, al tiempo que nos plantea una pregunta existencial: ¿será que en realidad nosotros somos el enemigo? 



**Canaguar**  
Revista de cine colombiano

Una publicación de  
**cinéfagos.net**

 [canaguaro.cinefagos.net](http://canaguaro.cinefagos.net)

# Palatino

por RAMÓN MARULANDA

• Fotografías por el autor

Lo que comienzo a narrar ocurrió en la primera mitad de la década de los noventa del siglo pasado, al cierre del segundo milenio de nuestra era, luego de la época en la que nació y murió el hombre que motivó la división de la historia en un antes y un después.

Vivía entonces en una de las ciudades donde se desarrollaron los principios de nuestra "civilización", capital del vasto imperio en el que se había decidido la suerte final de aquel hombre en el Medio Oriente. Roma acogía mi adolescencia y mis ánimos excitados e inquietos.

Con diecisiete años, atravesaba por mi momento culmen de punkero sin rumbo, en busca de peligros pasajeros y adrenalina, guiado por una idea según la cual si la humanidad estaba desmoronándose, yo también lo haría a temprana edad, antes de tener que afrontar una adultez indeseada. Vivía con mi familia en medio de ese viejo mundo que ofrece a cada paso grandes monumentos, palacios y ruinas que yacen protagónicas en la imponente ciudad, y que, en diferentes niveles, recoge siglos y milenios de historia. Una pequeña pala contra la tierra puede develar tesoros.

Con los amigos del colegio, provenientes de todos los continentes, gozaba de la vida dispersa del adolescente rebelde que ronda la ciudad espionando el mundo romano que aflora en la superficie y se esconde bajo tierra. En ese entonces Roma tenía dos líneas de metro subterráneas, ya que cada que perforaban la superficie encontraban vestigios de la antigua civilización sepultada tras siglos de cambios.

Calles, plazas, colinas, parques, bares y monumentos eran escenarios en los que se desenvolvía nuestra vida nocturna en medio de largas caminadas, litros de cerveza y diversas fechorías. Los fines de semana avanzábamos por la ciudad rondando las vías y los barrios que hablaban del mundo antiguo y del moderno, con los bolsillos cargados de botellas de 660 ml que hidrataban nuestra euforia y que en mi caso terminaban revendadas por el contundente golpe de la platina de unas botas nunca ausentes.



Fue época de intensos conciertos de grupos que se convirtieron en la banda sonora de mi disfrute y descontento. Ramones, Iron Maiden y Sonic Youth, entre otras, así como pequeñas bandas llegadas de todas partes del mundo a un pequeño centro cultural del partido comunista, conformaban el estruendo encargado de brindarnos los mantras que daban vida al pogo en el que se desenvolvía el trance que aliviaba el sinsentido.

En esa época asistí a un par de marchas anarquistas que se enfrentaban con las fascistas y reivindicaban algo del poco sentido de la vida. Una madrugada, de llegada a la casa, con una buena cantidad de cervezas en la cabeza, tras llamar desde un teléfono público a un amigo del colegio en Medellín y sentir cierta desconexión con el pasado, decidí descargar mi desilusión en la ventana de un carro. Por fortuna, luego de un par de intentos, no había logrado mi cometido, pero pagaría el precio. De pronto me sorprendió por la espalda el conocido grupo de neónazis del Colle Oppio, la colina en la que vivíamos. Unos diez tatabrones cubiertos por los símbolos que representaban y que se habían ganado su fama por linchar e incendiar personas que a veces, en las noches, buscaban refugio en parques de la colina. Después de un fuerte agarrón por la chaqueta, de esos que levantan un poco del piso, una revisión del carro y un pequeño interrogatorio, logré seguir ileso mi camino a casa, sobrio de sopetón y con cara pálida de chico asustado e indefenso.

Algunas noches emprendíamos excursiones clandestinas dentro de monumentos históricos. El imponente Coliseo, escenario de macabros enfrentamientos y batallas; el Foro Romano, lugar donde acontecía la vida cotidiana de la antigua Roma, y, sobre todo, el Monte Palatino, mítica colina y legendaria residencia de los emperadores, se convertían para nosotros en santuarios abiertos a la profanación.

Todo empezó al final de una noche de fiesta callejera. En un momento apareció la histórica colina y de inmediato me dio por invitar a mi amigo y

compañero de trayecto a escabullirnos en busca de lo que fuera que nos separara la improvisada excursión. Un pequeño viaje en el tiempo. Tras una breve conversación en la que insté a mi compinche a emprender la aventura, nos encontramos trepando un muro del que pendíamos aferrados a ladrillos desgarrados de la ruina.

Esa primera vez, después de haber coronado con éxito la exigente escalada, se abrió aquel universo, centro de la antigua Roma que de ahí en adelante nos esperaba cada vez que decidiéramos terminar en noche histórica. Como recolonizando, nos abrimos camino por la colina descubriendo mágicos escenarios. Jardines con laberintos vegetales, parques internos, ruinas de diferentes formas y dimensiones, sitios para la práctica de deportes, cultos y rituales nos acogieron. Encontramos también una casa moderna que parecía habitada en medio de un amplio espacio abierto, la rodeamos con cautela desde la distancia para seguir nuestro recorrido. Nos paseamos por entre ruinas de palacios e instalaciones de la sede imperial, desde donde emperadores habían impartido sus órdenes y caprichos.

En cierto momento, al final de nuestra primera expedición, llegamos a una oscura y misteriosa cueva que, clausurada para los visitantes, permanecía ajena a las hordas de turistas que se paseaban todos los días por la colina. Equipados solo con las candelas con las que destapábamos las botellas de cerveza, descendimos por antiguos escalones hasta su interior. Para nuestro asombro encontramos un corredor subterráneo con bóvedas de puertas metálicas y barrotes que guardaban bajo llave los hallazgos de excavaciones recientes. Tras las rejas, podían verse ánforas completas, filadas y apoyadas una tras otra esperando algún tipo de destino. Al llegar al final de la cueva nos encontramos con el descubrimiento más maravilloso de nuestra aventura. Un pequeño montículo con restos de ánforas romanas amontonadas que aparecieron despampanantes ante nuestros ojos en medio de la penumbra. Encantados, contemplamos los milenarios restos empolvados.

Se trataba de pedazos de grandes vasijas de arcilla que tal vez habían contenido bebedizos de lujosas bacanales cargadas de goce, abundancia y pernicia, o quizá eran simples "ollas" para transportar el agua que bebían los sirvientes. Pero el tiempo excita la imaginación y las ánforas recogían siglos. Las bocas y agarraderas de los vestigios que encontramos rendían cuenta clara de las formas del imperio.

Cerca de la madrugada salimos emocionados con nuestros descubrimientos y primeros trofeos milenarios, después de haber recorrido la legendaria colina como niños merodeando un supermercado en busca de golosinas que, un instante tras otro, endulzaron la alucinante travesía.

Después de los hallazgos de esa primera noche y de relatar nuestra hazaña a otros amigos, planeamos futuras excursiones y encontramos la mejor forma de internarnos, recorrer y abandonar aquel mundo, impunes e ileso, de la manera más discreta y corriendo los menores riesgos posibles, sin tener que escalar embriagados ningún muro que pudiera entorpecer nuestro

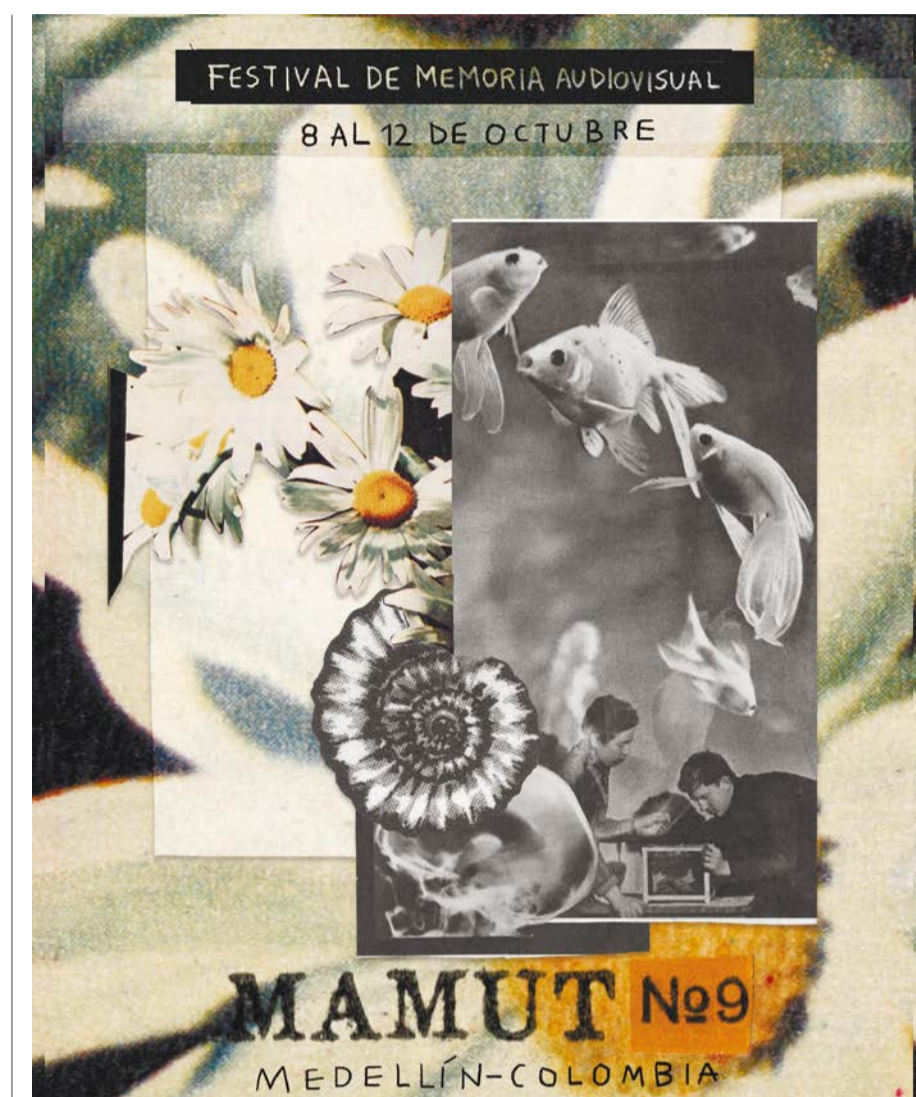
destino. El ingreso lo efectuábamos por una reja de fácil acceso, con las manos vacías. La salida que terminamos escogiendo para sortear los obstáculos con nuestros tesoros en la mano era flanqueada sin muchos riesgos y salíamos raudos hacia la calle bajo el atisbo del guardia de una entrada principal. Generalmente pasábamos desapercibidos, aunque una vez fuimos sorprendidos por los silbidos del guardia que nada pudo hacer ante nuestra huida.

Cada tanto incursionábamos en el Monte Palatino. La colina nos recibía con sus columnas erguidas o desplomadas. Varias veces pasamos la noche entera en función de nuestras conquistas, para al final despedirnos con los primeros visos del azul reproche que marcaban el campanazo para el final del periplo.

La colina, con poca vigilancia y cercos expugnables, nos abría las puertas. El ritual de las expediciones empezaba en el techo de una ruina de altos arcos que se levanta al lado del Circo Máximo, escenario para trescientos mil espectadores que presenciaban carreras de carruajes y eventos lúdicos de la época. Al aire libre y con la amplia vista que nos regalaba el techo de la ruina, comenzábamos la velada conversando del mundo, de nuestras vidas y culturas, al ritmo de cervezas que allanaban el camino hacia el desborde de la noche que prometía siempre vértigo. Al final del recorrido descendíamos con linternas por los escalones de la cueva en donde aguardaban los tesoros invaluable que permanecen con nosotros como recuerdo de nuestro paso por los tiempos del antiguo imperio.

En mi última incursión a la colina, en la que guiaba orgulloso a un tío que estaba de visita, como dueño de casa, y como si de un recorrido turístico se tratara, disfrutamos de un pequeño calillo opiáceo, uno de los primeros en mi vida, que le dio a la aventura un gran toque de fantasía. En medio de semejante traba y exaltación, fue preciso hacer el máximo esfuerzo para ubicarme en escenarios que parecía recorriendo por vez primera. Logramos adentrarnos en la colina con uno que otro pequeño extravío. Esa noche, en nuestra cueva, apareció brillante ante la luz de las linternas un pedazo de mármol finamente tallado, parecía haber sido la manija de algún recipiente. Felices después de completar el saqueo, con nuestro trofeo incluido, nos dispusimos a salir de la colina. Al llegar a la superficie de la cueva supe que el efecto alucinógeno seguía vigente. Cuando me propuse encontrar la salida, y en la premura de aprovechar los últimos instantes de oscuridad, se nubló mi mente y cierta angustia me envolvió. El resultado fue que deambulamos a paso rápido y firme de un lado para el otro por el intrincado laberinto Palatino, con la esperanza de que en algún momento yo pudiera reconocer algo que nos señalara una ruta de escape. Fue con los primeros rayos del sol que logré dilucidar el camino que nos llevaría casa. El antiguo trozo de mármol lo trajimos a nuestra tierra como ofrenda para mi abuelo paterno, consagrado guaquero en su época.

De aquellos tiempos en Roma quedan los recuerdos, algunos buenos amigos y los vestigios romanos. Vestigios que evidencian cómo no solo los europeos conquistan tesoros adentrándose en tierras lejanas. ©



Películas, talleres y charlas en:

Colombo Americano - Teatro Comfama  
Antimateria Libros y Café  
Parque Cultural y Ambiental Otraparte  
Biblioteca Pública La Floresta  
MAMM - Cooperativa COOCINE

programación en  
mamutfestival.co

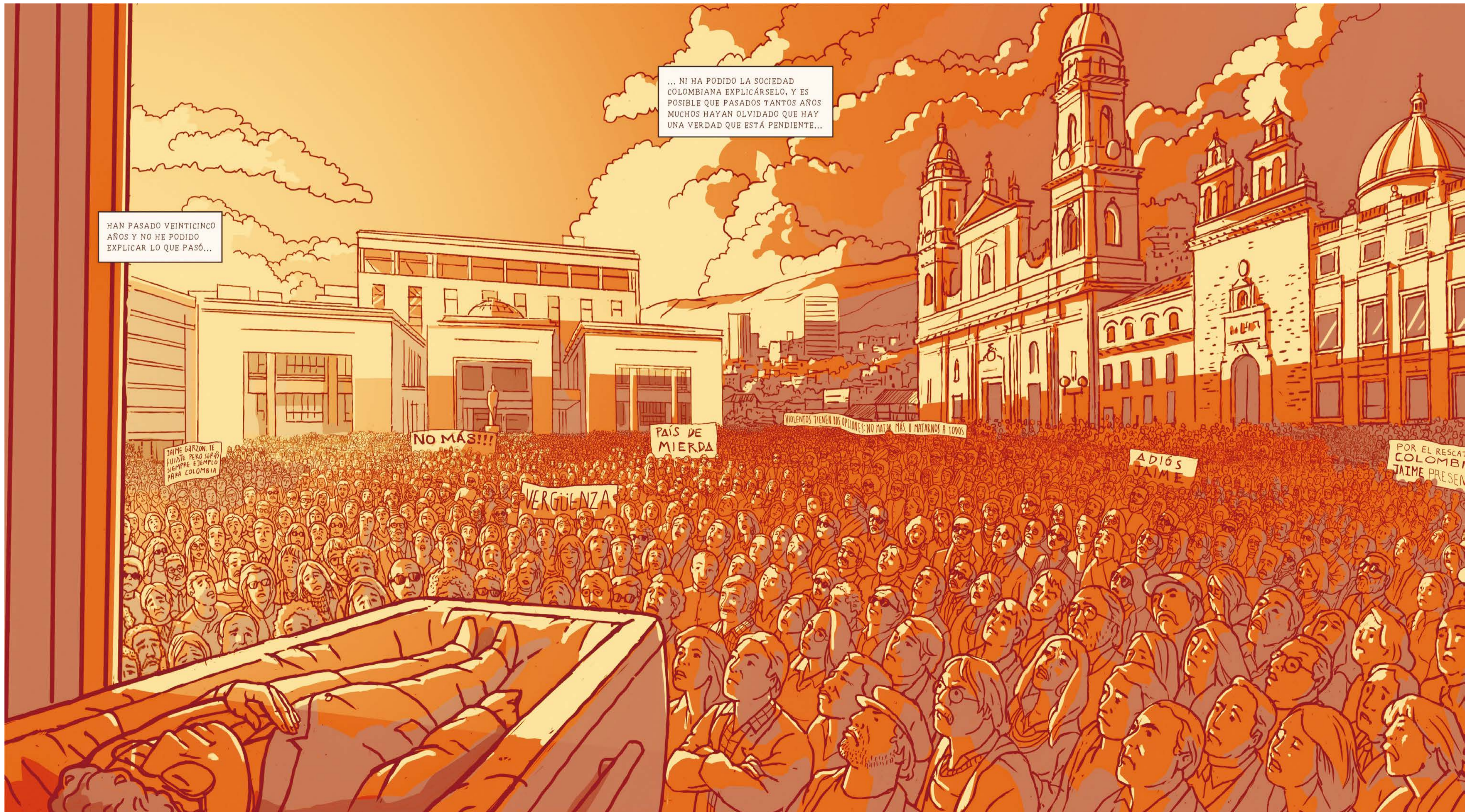


Leer te hace grande.





\*Fragmento de la novela gráfica GARZÓN, el duelo imposible. Editorial Rotundo Vagabundo, 2024.





# HISTORIAS DE UNA VIEJA PRÁCTICA

por ESTEFANÍA CARVAJAL, MARÍA ISABEL NARANJO Y LAURA ALMANZA

• Fotografías por Juan Fernando Ospina

“(…) ¿O cuál es más de culpar, aunque cualquiera mal haga: la que peca por la paga o el que paga por pecar?”.

Sor Juana Inés de la Cruz, 1689.

Los barrios rojos de los abuelos solían ser Guayaquil, Lovaina, La Veracruz y El Pedrero, pero hace años que todos los barrios prendieron sus bombillos rojos y apareció el glamur de Medellín, sus letras cantadas, su fama anunciada hasta en las vallas bajando del aeropuerto y una legión que demanda “servicios sexuales”. El viejo burdel creció, y ya no apaga la luz sino que enciende sus reflectores.

Seis mujeres y una niña nos contaron las heridas que ha dejado en ellas la explotación sexual que comienza desde la infancia. Todas residen actualmente en Medellín, y las menores aún se rebuscan la vida en las calles. También escuchamos el Archivo Histórico Judicial de la ciudad y, a través de él, hablamos con mujeres de otros tiempos. Con horror comprobamos que es poco lo que ha cambiado.

Las historias que el lector está a punto de conocer ocurrieron en décadas y siglos distintos, pero son retratos de la misma

enfermedad: la pobreza vehemente, los entornos familiares agresivos y las oportunidades solo para abusadores. Los relatos de la explotación sexual se repiten en los espejos donde la música suena muy fuerte y todo da vueltas y salen manos de las paredes con golpes y billetes y tarjetas y todas las cuentas por pagar. Son ellas quienes tienen la palabra de la calle en la punta de la lengua. Los nombres que usamos, que podrían ser cualquiera, les pertenecen solo en estas páginas.

## I. La primera vez

Antes de la calle fue el caos: una familia violenta, un episodio de abuso, la orfandad, el desplazamiento. El Sistema de Alertas Tempranas de la Alcaldía de Medellín ha identificado los factores que inducen a la explotación sexual infantil, y que no distan mucho de lo que ocurre en otras ciudades de Colombia y América Latina. La pobreza es el motivo principal, pero no el único. Casi siempre las necesidades económicas de las niñas y niños

explotados vienen en combo con otras tragedias: líos familiares, antecedentes de violencia sexual, consumo de sustancias psicoactivas, trabajo infantil, dificultades para permanecer en la escuela, alteraciones del estado de ánimo y alta exposición a internet (o todas las anteriores).

## Alejandra (35 años)

Pues eso fue hace muchos años... Yo tenía 8 cuando eso. Lo que pasa es que mi mamá me vendió a una cierta persona que se encargaba de manejar una casa de prostitutas de alto nivel. Era en Itagüí; todo muy reservado. Solamente se manejaban prostitutas menores de edad. Mientras fueran de 8... Póngale por ahí hasta los 14 o 15 años. A los 15 nos echaban de la casa porque ya no servíamos, ya éramos objetos inútiles.

Cuando yo empecé no sabía, no tenía ni idea sobre lo que me iban a hacer. Hasta donde yo tenía entendido en esa casa nos iban a cuidar temporalmente mientras resultaba, no sé, una forma de

que las niñas aprendieran a pintar las uñas o arreglar el cabello... Pero era un total engaño con el que esa mujer traía a las niñas, incluso de otros pueblos, a prostituirse a Medellín.

Exactamente en Itagüí, siempre estuvo ahí.

La casa era discreta. Allá no entraba cualquiera, solamente entraban clientes que ya supieran o que se contactaran directamente con esta persona. Fue muy duro al principio porque el no saber realmente a qué me iba a enfrentar me costó muchos castigos. Era un mundo al que yo no estaba acostumbrada, pues una niña de 8 años sabe de muñecos y de juguetes; del mundo de la prostitución no sabe nada. Yo no sabía ni qué era una parte íntima del cuerpo, ni de un hombre, ni de una mujer, ni de nada; ni siquiera cómo venían los hijos al mundo. Y fue un tozazo enterarse de todo: “Usted aquí viene es a trabajar y a sacarle producto a la mina que tiene dentro de las piernas”.

En esa casa estuve hasta los 10 años que alguien compró mi lote de tierra y ya me pude salir. Pero no salir a hacer mi vida y a hacer mis cosas, sino a seguir en la prostitución, porque la persona que compró mi lote era un proxeneta que me obligó a seguir con lo mismo hasta que cumplí 15 años y me volé para el centro.

## Camila (18 años)

Profe, a mí nunca se me olvida la primera vez que estuve con alguien por plata. Yo siempre lo recuerdo y nunca se me olvida y eso que han pasado muchos años... Tenía 14 o 15 años. Nunca se me olvida: Yo sé quién es el man. Eso marca mucho la vida, iy eso que lo hice conscientemente! Ahora yo pienso en las niñas que las obligan o están en contra de su voluntad... Eso debe ser muy horrible.

Yo conocía a una pelada que se llamaba Daniela. Estábamos en una parte quisque la UVA (uno de los catorce parques públicos creador alrededor de los grandes tanques de agua de EPM). Me dijo: “Lo que pasa es que el man que manda acá la vio a usted y le gustó”. Él era un viejo. Pero ella me decía: “Él quiere estar con usted, a él ni se le para el pipí. Vaya que no le van a hacer nada”.

Recuerdo que en realidad yo no quería. Uno nunca quiere, pero la plata le daña a uno la cabeza y el corazón. Uno lo que quiere en ese momento es que la otra persona termine, y por eso lo que uno tiene que hacer es actuar. Métase en su película. Actúe porque si usted no actúa, no va a complacer a la otra persona. Todo se trata de complacer. Y si le tiene que decir que le gusta, dígame que le gusta, que le encanta, para que él se pueda sentir bien. Apenas terminé, quedé con una sensación muy horrible y me bañé por ahí dos, tres veces. Uno se siente sucio, como pegajoso. Profe, es que yo creo que no hay mujer a la que le guste... “Trabajar”.

## María de los Ángeles (14 años en 1918)

Hace como unos tres meses, hallándome yo sola en mi casa de habitación, que está situada en esta población (Cañasgordas, municipio en el occidente de Antioquia), llegó allí el señor Juan Cansio Correa, hijo de José María Correa, que vive en La Llorona, y porque no quise acceder a entregarle mi cuerpo, él me cogió por la fuerza e hizo de mí lo que quiso, sin que yo quisiera. Busqué rechazarlo mucho, pero no pude. Él triunfó con su fuerza. Cuando mi madre vino, le conté el hecho, pero no me hizo caso.

Desde entonces, he continuado entregándole mi cuerpo a otros, varios individuos, incluyendo al mismo Juan Correa. Mi madre nos alcahuetea a mi hermana Julia Rosa y a mí, pues nos dice que nos entreguemos al hombre que ella quiera o al que ya pagó dinero, y nosotras, por miedo, nos entregamos a cualquiera.

Cada vez que uno de estos individuos nos solicita, de día o de noche, mi madre lo manda donde nosotras nos hallamos, se sale del interior de la casa y, cuando acabamos, vuelve.

El señor juez segundo del circuito de Frontino, en sentencia del 6 de mayo de 1918, condenó a Salomé Flores a la pena de un año de reclusión por el delito de alcahuetería. El expediente se cerró con la condena a la madre, y una nota que valoraba moralmente la conducta de la hija: “María de los Ángeles Bran no ha sido buena en materia de moralidad y buenas costumbres, pues aquí en esta población ha sido tomada como mujer pública y escandalosa”. Aunque el sindicato del caso era Juan Cansio Correa, nada concluyente se dijo de él.

## II. La familia

Casi la mitad de los niños y niñas víctimas de la explotación sexual en Medellín han crecido en familias monoparentales: por lo general, una madre

soltera —y sola— a cargo de la crianza de los hijos. En estos contextos, dice el Informe Alterno por los Derechos de la Niñez de 2022, el escaso acompañamiento familiar lleva a los menores a presentar comportamientos que rompen todos los vínculos afectivos.

La Policía Metropolitana del Valle de Aburrá coincide en el diagnóstico: Muchas madres de niñas explotadas son también trabajadoras sexuales que inducen a sus hijas a vender sus cuerpos por dinero, cuando no son ellas mismas quienes las venden. Para ellas es algo completamente normal: la prostitución está dentro del curso natural de los acontecimientos de la vida.

## Mireya (19 años)

A los 16 años conocí a mi mamá, aunque en Bienestar Familiar me habían dicho que estaba muerta. Yo les dije que por qué me habían ocultado las cosas, que me contaran la historia de verdad. Como ya mi mamá había aparecido, no tenían de otra. Y ahí me dijeron que cuando yo había nacido mi mamá consumía, y como no tenía para el vicio me había dejado en una plaza. A los quince días de nacida los jíbaros me metieron a Hogares Sustitutos y desde eso iba de hogar en hogar.

Yo siempre había anhelado estar con mi mamá. Cuando me dijo que me fuera a vivir con ella, yo no lo pensé y me volé del internado. Un día casualmente vi que estaba chateando con la psicóloga que yo tenía allá. Ella le decía que me retornara, que era por mi bien, que ya iba a empezar el curso de enfermería en el SENA. Mi mamá le decía que yo no quería, pero no era así. Yo le decía que quería volver a internarme, pero ella era la que me decía que no, que para qué, que con ella no me iba a faltar nada. Hasta que le escribieron que ya no podía volver, que se me había acabado el tiempo y ya no tenía cupo en ningún lado. Entonces, mi mamá me confesó

que ella solo me había llevado a casa para que complaciera a mi padrastro.

## María Beatriz (63 años)

Mi madre murió cuando yo nací y a mí me tiraron a un basurero. Una amiga de mi madre, que estaba en embarazo parejo con ella, supo que me botaron y fue la que me rescató. Cuando yo tenía 5 años mi familia paterna mandó por mí. Me llevaron donde mi mamita, que estaba tullidita. Ahí empecé mi martirio. Mi tía — que fue tía, madrina y mamá — se consiguió un novio y se casó. A los dos meses, el esposo le dijo: “Lo siento, yo no me casé con usted para mantenerle los muchachitos, vea a ver qué hace con ella”. Me dejaron allá, pero pa’ mamá darme un bocadito de comida tenía que ser al escondido de él. Cuando yo tenía 7 años y medio, él le dijo: “Haceme el favor y mandas a esa sinvergüenza a ayudarme con el alambrado”. Yo salí como un perro regañado detrás de él. Cuando estaba terminando el alambrado, tendió una ruana. “Te acostas ahí o te acuesto”, dijo, y se dejó venir a quitarme la ropa. Yo pensé: “Dios, ¡ayúdame!”, y me volví una fiera. Por donde me tocaba le mandaba yo mordiscos y las uñas. Lo volví una melodía. Supe que logré soltarme y pedir auxilio, todo eso desnuda. Ese mismo día, a las ocho de la noche, me volé de mi casa por el monte.

## Verónica (16 años)

Son una familia del barrio a la que le dicen “las Riquis”. Uno ve que salen todas a putear. La mamá y las tres hijas se van a trabajar juntas. Yo nunca vi que la mamá las obligara, yo digo que era más porque veían que eso era fácil. La verdad era una convivencia muy rara. Yo me hablaba con una de las más pequeñas, que en ese momento tendría por ahí 12 años, y más de una vez me tocó escuchar que las hermanas le decían que no lo hiciera, pero ella les

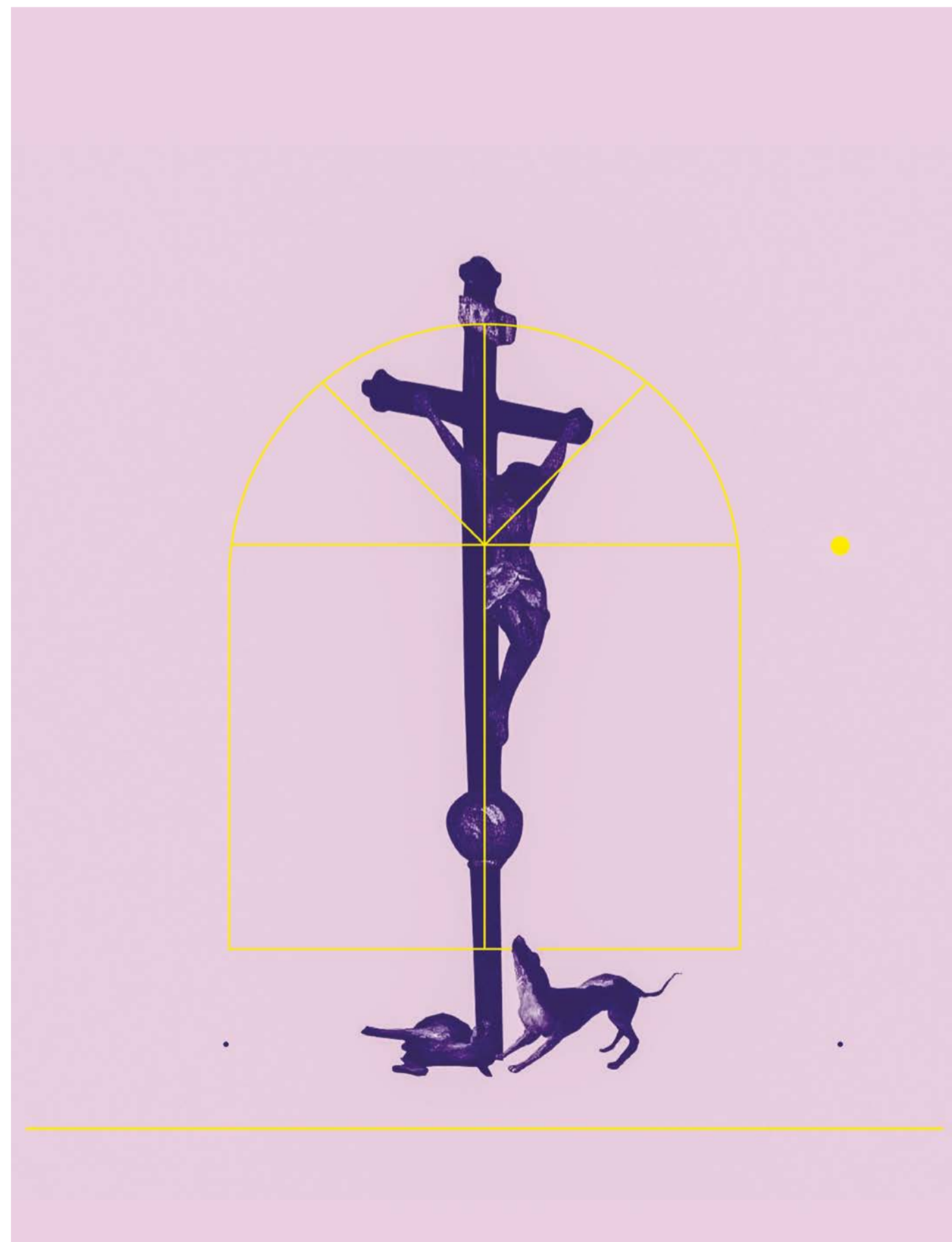




Fernando Vallejo persiguió con saña a los personajes de sus biografías, describió con encono a parientes y amigos en su saga familiar, encuadró con rencor a su lejana Medellín. Todo en medio de algunos arrebatos de ternura. Era el momento de que alguien lo mirara desde afuera, lo viera caminar, partir, maldecir, brindar. Es lo que hace Andrés Burgos en su novela *La muerte de Fernando Vallejo*, una especie de confesión de parte con revelaciones de la contraparte. Los dejamos en “Casablanca la bella”, uno de sus capítulos finales, pasen, pasen.

# CASABLANCA LA BELLA

por ANDRÉS BURGOS • Ilustración de Ricardo Cardona Arango



Cuando David dejó de ser, vos dejaste de serlo también.

Regalaste lo que no se había destruido. Viste mucha gente salir de tu apartamento con los restos, suficientes para llenar varias casas, después de que el trabajo minucioso y tortuoso de días bajando escombros por las escaleras llegara a su fin. El suplicio de Sísifo, que incluyó las sábanas sucias de David cuando no le encontraste sentido a lavarlas, no sería eterno; aunque cuando te vieras solo, con la sala vacía, te hubieras preferido condenado a una eternidad donde por lo menos eso era algo, no la nada en permanente reverdecir.

Quizás te habrías quedado sembrado en la inmovilidad si el incidente de la puñalada no hubiera ocurrido, no hay modo de saberlo y no nos vamos a detener en fabulaciones porque estamos en una parte en la que el tiempo apremia. La posible denuncia fue fundamental para que tus amigos espolearan tu salida de México. Los pormenores de tu regreso a Colombia los viviste desde el vientre de una pecera y el único sentimiento perdurable fue el ardor, la angustia inmediata por la suerte de Brusca. La perra viajó en la bodega del avión y la diste por muerta mientras no la tuviste a tu lado, más viva que nunca, feliz de verte después de la separación y con muchas ganas de orinar largo para desahogar y corto para reclamar cada esquina de su nuevo territorio.

No retendrías lo suficiente como para mencionar en tu libro la noche que pasaste en Bogotá, en la casa de Gloria, una amiga en común, otra de las puntadas que ata nuestras historias. Ella, una mujer recia, casi no consigue mantener la compostura al recibirte en el aeropuerto. Te vio reducido a dos maletas con las traducciones de tus libros, y sin tener cómo más consolarte, te llenó de mimos infantiles. Vos los agradeciste con languidez. Solo te arrancó una sonrisa, efímera y triste como la última luciérnaga del universo, cuando te permitió subir la perra a la cama para que durmieran juntos antes de irte al día siguiente a Medellín.

Cuánto lloraste esa noche, si lo hiciste, o si el sueño llegó a apiadarse de vos, no nos incumbe. Descansá, Fernando, lo necesitás.

Fue Gloria quien me desveló el panorama completo cuando le conté que llevaba un buen tiempo sin verte. El comentario era solo un leño para avivar la conversación, pero a ella la agarró con la guardia baja y me regaló una letanía en

la que intercalaba la tristeza por la pérdida de David, su compañero de juega en sus visitas a México, y la preocupación por tu situación, que describió como una estancia en una casa vacía sin un sentido diferente a esperar que la muerte tocara el timbre. Tu simpleza monacal fue precariedad para ella, que vivió con ustedes la abundancia de la fiesta, la vida y el goce, una madeja suelta ahora imposible de devanar.

Conocí Casablanca, ese refugio último que David te dejó listo, cuando Gloria me puso en contacto con vos. Mi libro por fin tenía un norte, pero debía asegurarme de cuál era el tuyo para no redundar en un coro destemplado. No tuviste lío en invitarme a ir una tarde cualquiera, aunque fue como si oyeras mi voz por primera vez. Con la naturalidad digna de una visita frecuente, quitaste el doble candado de la puerta enrejada y me abriste paso para que entrara. Renuncié, por obvia, a la primera metáfora de la casona, una de las pocas que sobrevivió en el barrio Laureles entre edificios nuevos y funcionales. Al entrar, me llamó la atención cómo se reducían de inmediato los dos pisos que se prometían amplios desde afuera. El polvo y la oscuridad del tope de las escaleras confirmaban lo que ya me habían contado: poco subías y ese nivel se había convertido en una bodega. Tu vida se limitaba a la planta baja, más concretamente a la zona entre dos patios interiores y la cocina. Tu habitación, abierta de par en par, miraba a uno de esos cuadros sin techo bordeados por un corredor, muy al estilo de las fincas de los abuelos, donde nos sentamos a tomar tequila mientras Brusca prescindía de su esqueleto en una siesta despreocupada. La falta de decoración de tu cuarto, la cama sencilla y el escritorio con aires de pupitre me hicieron sentir en una casa curial de algún pueblo perdido. Casablanca era una antítesis. Seguramente tenía menos mobiliario del que había quedado en tu apartamento de México después de que la tierra lo redujera. La sala era una formalidad sin uso y disponía con displicencia de tres sillas y una mesa de centro que habrían estado mejor en una obra de teatro costumbrista, un toque que David nunca habría aprobado. Lo único vivo esa tarde parecía ser la perra, que cambiaba frecuentemente su área de contacto con la baldosa fría. El estoicismo de unas pocas plantas al sol era el tono impuesto. Vos y yo, entre bloques de conversación tranquila, caíamos en silencios estáticos y bien podríamos haber pasado por figuras en las humedades de la pared.

Compartiste sin reticencia las líneas generales de tu libro. Tu generosidad amable contravino la advertencia de quienes me aconsejaron no hablarte de mis planes. Que me ibas a demandar, decían, o mínimamente me haría acreedor a un sartal de insultos, como le había sucedido a un periodista que escribió un muy buen perfil sobre tu regreso a Colombia. Un día, de la nada, después de haber sido dulce y abierto durante todo el proceso, lo llamaste a gritarle con una riqueza de vocabulario que lo dejó perdido entre la sorpresa y la admiración. A mí, en cambio, no me diste demasiada importancia. Ya casi todo te tenía sin cuidado, me lo confirmó Silvia. Cuando intentó leerte fragmentos de este manuscrito, a la segunda oración te paraste desesperado y buscaste refugio en la cocina.

—No vale la pena.  
—¿No vale la pena qué, Fernando? ¿Esta novela?  
—Nada vale la pena en esta vida.

En nuestra conversación esa tarde te desligabas de los temas literarios soltando respuestas mecánicas y dejabas atrás cualquier necesidad de mencionar a David con un par de adjetivos amorosos. En contraste, te extendiste en minucias sobre la vida corriente en esa ciudad que no había vuelto a ser tuya con tu regreso ni mía con mi visita. El


calor, el ruido y la agresividad de la gente te agobiaban sin llevarte a la ira. Esa la tenías reservada para tu libro. Eras un viudo triste, invisible para los ojos circundantes, preocupados por bailar frente a las pantallas de sus teléfonos o revisar los rendimientos de sus inversiones. Paseabas a Brusca enfocado solo en cruzar a salvo la avenida Nutibara, atestada de motos amenazantes. Aparte de ir a almorzar cada tanto al café de tu hermano Aníbal, muy cerca de Casablanca, poco te prestabas para cualquier interacción humana. Preferías quedarte encerrado con tu radio de transistores, el único trofeo del que presumías últimamente, porque conseguirlo había implicado para vos una hazaña. Ya no vendían radios en Medellín, repetías cuando nuestra charla se encaminaba hacia algún punto sensible. La dificultad para comprarlo, entre caminatas y pesquisas absurdas, fue una señal de que afuera no había nada que la vida pudiera ya ofrecerte.

Respondiste a mis preguntas sobre lo que ibas a contar en tu libro como si se tratara de una lista de mercado, reiterate cuánto te había impresionado ver al terremoto comprimir construcciones de muchos pisos en arrumes mínimos, volviste una y otra vez sobre la supuesta mezquindad de tus vecinos y te quedaste pensativo frente al acertijo de darles nombres a los sismos, el del 85, y este, el de 2007, porque nombrarlos así te parecía una fórmula vulgar que echaría a perder cualquier novela.

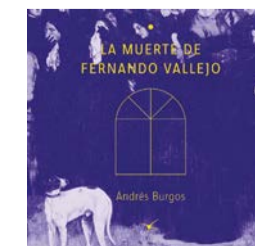
Lo que alcanzaste a contarme fue suficiente para quedar tranquilo, por lo menos mi libro no sería una copia barata de tu recuento de esos días. A ninguno nos interesaba hacer una crónica del terremoto, una labor de la que ya se había encargado el periodismo, y nuestras respectivas historias apuntaban a solipsismos divergentes. Es más, aunque hubiera querido, no habría habido forma de acercarme a tu cuaderno de bitácora para *Escombros*, como terminaste por llamarlo.

Leerlo fue acompañar a un hombre transido de dolor en un lamento rabioso, sin pausa en el desfogio ni intenciones de narrar. Los sucesos concretos del sismo o tu vida junto a David se perdían entre páginas de maledicencia delirante e indiscriminada, la amargura llevada a una profusión que tus títulos anteriores no habían alcanzado. Si no me lo hubiera impuesto como tarea para escribir esto, habría sido incapaz de terminarlo. No sé si es un buen libro, pero no me cabe duda de que esculpiste un retrato fiel de la desesperanza y la frustración, devenidas furia, de quien no logra expresar de otro modo su escozor en la tripa.

Te describiste con maestría en la misma medida que lo hace un demente entregado a perorar sobre la música de las esferas.

Y yo, entretanto, el escritor menor que pretendía rellenar los silencios de tu concierto, no encontré el espacio en esa partitura del sinsentido y me dediqué a nombrar mis miedos de un modo diferente a nombrarlos, en una confesión apurada entre dientes, porque quiero encapsularlos en un callo, como hace un cuerpo todavía sano cuando se le entierra una astilla, para seguir adelante con la vida, la que creo que aún me queda y puedo encauzar. No consigo unirme a tu apuesta total por el abismo porque, por lo menos en esta historia, no soy yo quien se muere a continuación. 

\* Fragmento del libro *La muerte de Fernando Vallejo*. Tragaluz Editores, 2024.



## PIZZERIA

### CENTRO

Martes a sábado de 12:15 m a 10:00 pm  
Reservas: 321 241 8833

Calle 57 (Argentina) # 41-57  
Medellín, Colombia

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS  
EN MEDELLÍN

Tel.: 3168789335



## PAN



### MASA MADRE

artesanal y saludable

Catálogo, ventas y domicilios



UN PUNTO FIJO

@unpuntofijocafe  
Tel: 3041438515

- Carlos E. Restrepo  
Panadería masa madre  
Calle 51 No. 64B - 40  
Mall Aguamarina, local 6
- Laureles  
Café cultural y panadería  
masa madre  
Carrera 76 No.33A-36



## PALINURO

LIBROS LEÍDOS

@libreriapalinuro

Calle 49B#75-33  
6042609160

Compra y venta de libros

# Morirse al vuelo, o el último viaje de José Eustasio Rivera

por NICOLÁS DUQUE-BUITRAGO • Fotografías del archivo José Eustasio Rivera de la Universidad de Caldas

Durante la segunda década del siglo XX se desató lo que podría llamarse la carrera entre el agua y el aire por los medios de transporte. Los barcos de línea que cruzaban el Atlántico en cuarenta días a mediados del siglo XIX habían reducido a finales de esa centuria el tiempo del trayecto a diez días, y alcanzarían a mediados del XX, en los mejores casos, cuatro días de viaje. Se sabe que estos navíos que podían llegar a transportar entre 1500 y 2500 pasajeros jugaron un rol central en la migración de distintas comunidades europeas hacia América.

Algunos creen que el transporte marítimo comenzó a perder aquella carrera el día 15 de octubre de 1928, cuando el zepelín Graf aterrizó en Lakehurst, Nueva Jersey, con una tripulación de cuarenta pasajeros, bajo el mando del capitán alemán Hugo Eckener, luego de 111 horas y 44 minutos de vuelo (4,6 días). Con ese viaje Eckener llegaba, por segunda vez, a la ciudad estadounidense y en un tiempo que todavía le tomaría años de trabajo tecnológico a los barcos.

La hazaña de este piloto, y su equipo, ayudó a la consolidación de un ritual entre quienes impulsaban la naciente aviación: fijar el día y la hora exacta de la partida para demostrar la potencia tecnológica (lucha contra el clima, dominio de la máquina, tiempo de combustible) y las ventajas en velocidad frente al transporte marítimo.

Entre los presentes y curiosos que se acercaron a ver el zepelín Graf luego de su aterrizaje en Nueva Jersey, en el otoño de 1928, se encontraba el poeta y novelista colombiano José Eustasio Rivera (1888-1928), quien fue al hangar de Lakehurst con su amigo José A. Velasco el domingo 21 de octubre. Tomaron un tren que valía 1,50 dólares ida y regreso entre Nueva York y Nueva Jersey, partieron alrededor de las diez de la mañana y regresaron el mismo día a las 3:15 p. m. Es probable que también hubieran participado días antes, el 16, en el recibimiento que la ciudad hizo a los héroes. Volar había pasado de ser un acto poético a una hazaña. En la Quinta Avenida hubo lluvia de serpentinas, pañuelos blancos, aplausos, globos y una cena.

El poeta Rivera, aficionado al vuelo, debía estar emocionado viendo al gigante plateado atravesar el horizonte. A lo mejor, con su excelente memoria, repitió estos versos:

¡Todo lo vil y entonces el pensamiento estrecho halló la atmósfera y el ámbito sombrío.  
Mas en el propio instante que mi rebelde anhelo



Zepelín Graf sobrevolando la ciudad de Nueva York en 1928.

Soñó violar los soles silentes de otro mundo, desde la pampa intérmina vino un viento iracundo y elevó, con gran ruido, mis dos alas al cielo

(Tierra de promisión, Tercera parte, I) Era una época de cambios. También en el lenguaje, porque el verbo "violiar" (que hoy nos irrita encontrar en esa segunda estrofa) era sinónimo de conquistar, y "la Violencia", que aparece en el famoso comienzo de *La Vorágine*, y que es hoy un símbolo de lo que en Colombia llamamos "La Violencia", fue traducida al inglés por Earle K. James como "Impetuosity". También debió haber parecido impetuoso el piloto Charles Lindbergh quien, en mayo de 1927, se había arriesgado a cruzar el Atlántico hasta llegar a Francia, sin copiloto, sin radio y con un solo motor; con la única guía de sus mapas y una brújula; en un viaje que duró 33 horas y 32 minutos. Su nave se llamaba *The Spirit of Saint Louis* y con la hazaña el aviador ganó los veinticinco mil dólares que ofrecía el hotelero Raymon Orteg, desde el año 1919,

a quien lograra hacer un vuelo directo Nueva York-París.

Rivera también era un viajero impetuoso. Sin embargo, nunca llegó a los aires y fue, más bien, viajero de a pie, de caballos, de trenes, curiaras y barcos. Hombre móvil e inquieto (como *picureado* —por favor leer *La Vorágine* para sentir lo que significa esta palabra; algunos dicen que es fugarse, volarse, escaparse—), había llegado a vivir a Nueva York el 24 de abril de 1928, luego de navegar por el Caribe, saliendo del puerto de Barranquilla, y tras cumplir con una misión diplomática en el II Congreso Internacional de Inmigración y Emigración que tuvo lugar en La Habana a partir del 31 de marzo de 1928. El mes que transcurrió en dicha isla se considera el período más oscuro de la biografía del escritor (no se sabe nada) y, al decir del gran Ángel Flores, es "la gran lacuna" en la vida de Rivera.

Luego encontraremos a Rivera instalado en el hotel Le Marquis en Nueva York, a finales de abril de 1928. Estaba determinado a realizar en esa ciudad caribe y anglosajona, a contrarreloj, tres

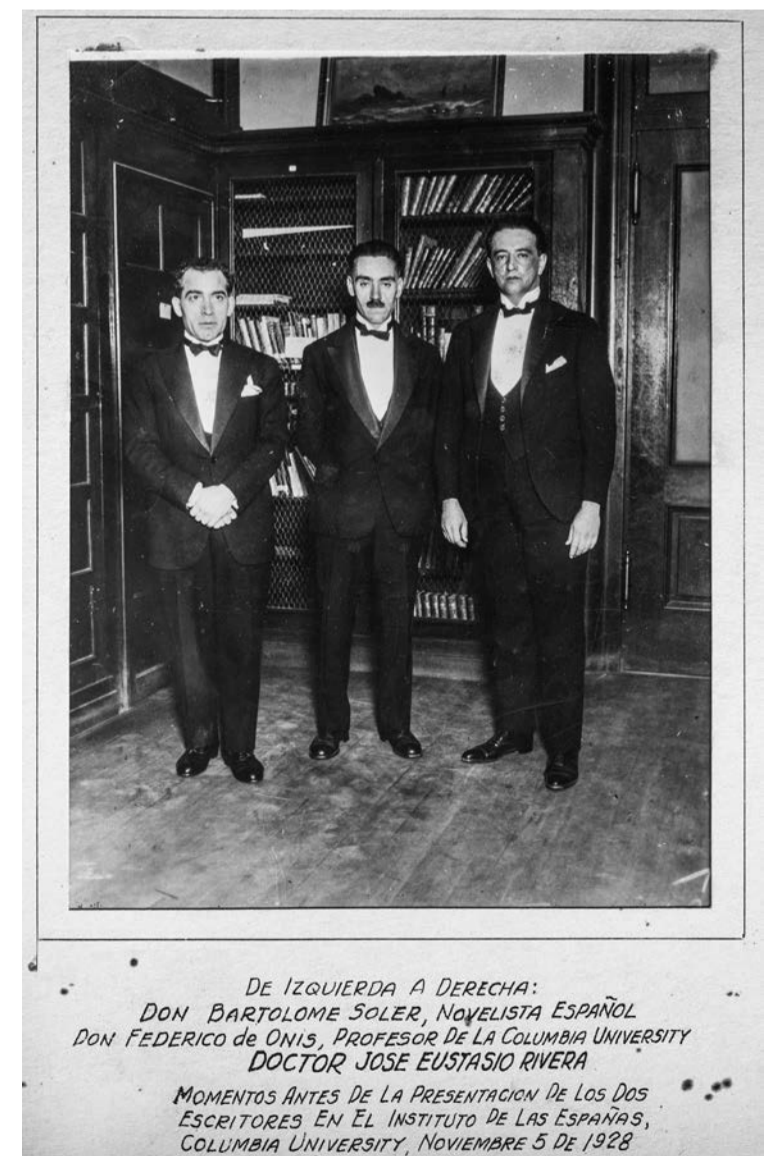
objetivos: fundar una editorial, traducir su novela al inglés y llevar *La Vorágine* al cine. En algún momento llegó a considerar (confiado de su inteligencia) que aprendería rápidamente el inglés para poder imprimirle a la traducción sus giros preferidos. Puso un aviso en el *Times* en el que proponía un intercambio lingüístico español-inglés. Lo respondió una chica de quien casi lo único que recuerdan los testimonios es que tenía carro propio. Habría entonces que imaginarse a Rivera de copiloto, con su boca prestada y su acento asordinado de nuevo parlante del inglés.

A pesar de la comodidad de Le Marquis, Rivera no parecía ser el tipo de escritor que quiere hacer su obra en la habitación de un hotel, y encontró un apartamento con la ayuda del señor José A. Velasco, un colombiano residente en la ciudad, a quien había conocido a través del también colombiano Antonio Martínez Delgado. En su apartamento-oficina ubicado en el número 114 West de la calle 73 en el *borough* de Manhattan, el escritor trabajó incansablemente, pues tras cuatro meses de



El Doctor JOSE EUSTASIO RIVERA en un día de descanso visita el Zepelin en Lakehurst, New Jersey, el domingo, 21 de octubre 1928.

José Eustasio Rivera visitando el zepelín Graf. Archivo José Eustasio Rivera de la Universidad de Caldas. Las anotaciones y composición fueron hechas por José A. Velasco.



DE IZQUIERDA A DERECHA:  
DON BARTOLOME SOLER, NOVELISTA ESPAÑOL  
DON FEDERICO DE ONÍS, PROFESOR DE LA COLUMBIA UNIVERSITY  
DOCTOR JOSE EUSTASIO RIVERA  
MOMENTOS ANTES DE LA PRESENTACION DE LOS DOS  
ESCRITORES EN EL INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS,  
COLUMBIA UNIVERSITY, NOVIEMBRE 5 DE 1928

José Eustasio Rivera en homenaje organizado por Federico de Onís. Leyendas de José A. Velasco. Archivo José Eustasio Rivera de la Universidad de Caldas.

haberse mudado estaba imprimiendo la quinta edición corregida y con mapas en una editorial a la que llamó Andes, con el nombre latino de nuestra enorme cordillera. También tenía en su escritorio una versión de la traducción de *The Vortex*, que hacía su amigo el periodista cultural Earle K. James, luego de no lograr un acuerdo con el famoso traductor Ángel Flores, el mismo que introdujo a Kafka en Estados Unidos y que, viajando siempre entre el español y el inglés (aunque hablaba diez idiomas), tradujo parte de la obra de T. S. Eliot, de García Lorca y de Gómez de la Serna, e intentaría luego hacer una biografía de Rivera. Sin embargo, de la película no había prácticamente nada, y pocos parecían entender cómo quería hacerla.

Puede decirse que el 29 de octubre marca el inicio de sus últimos días, atravesados por dos acontecimientos. El primero, un encuentro organizado en la Fiesta de las Españas en el Philosophy Hall de la Universidad de Columbia, por Federico de Onís. Esa noche Rivera compartió el homenaje con el escritor catalán Bartolomé Soler. Pronunció

un discurso que puede considerarse el manifiesto de la Editorial Andes, que se presenta esa noche como un canal que revelará "el gran mérito de muchos escritores de mi país, en la poesía, en la prosa, en el teatro, en la crítica, en el periodismo, casi desconocidos en el exterior por falta de intercambio mental".

El segundo acontecimiento es un proyecto de aviación. Inspirados por la hazaña de Lindbergh, animados por el aviador fomequeño Benjamín Méndez Rey y atravesados todavía por el efecto cetáceo del vuelo del zepelín Graf, el periódico *Mundo al día* lideró, junto con Méndez Rey, una colecta de fondos en Colombia y en Estados Unidos para comprar un hidroavión Curtiss Falcon y hacer, por primera vez, un vuelo Nueva York-Colombia. Rivera estaba emocionado y participó activamente en el proyecto, que también le hizo acelerar la impresión de la quinta edición de su novela que hacía Frank Mayans. Se imaginó a *La Vorágine* en los aires, volando por sobre la América, sus mares y sus ríos, y aterrizando en Colombia. Finalmente logró embarcar dos ejemplares

con Méndez quien partió el 23 de noviembre de 1928 con uno para el presidente de la República y otro para la Biblioteca Nacional de Colombia.

Si Rivera no hubiera muerto el 1 de diciembre siguiente, seguramente los periódicos habrían comentado que *La Vorágine* era la primera novela que llegaba volando a Colombia. Pero ese 23 de noviembre marcaría su última semana. Se sentía mal y llegó enfermo a la despedida del aviador como lo cuenta su biógrafo Eduardo Neale-Silva en *Horizonte humano: vida de José Eustasio Rivera*. A lo mejor pensaba, siguiendo el espíritu de competencia interoceánica que se instalaba en medio de todas las cosas, que su malestar era una pequeña tormenta en el camino. Debía sentirse orgulloso de ver su novela alzar vuelo y de haber despedido a Méndez con un discurso aéreo en el que le recordaba que aquello simbolizaba para él “aquel hondo anhelo de hazaña que late en el pecho de cada hombre, la aspiración a lo extraordinario, el ansia de señalar con una proeza memorable la trayectoria de nuestra vida efímera”.

La nave cubrió su primer trayecto entre Nueva York y Jacksonville (Florida) donde esperó que mejoraran las condiciones del clima para continuar hacia Cuba, país al que llegó el 24 de noviembre (los datos del trayecto de Méndez forman parte de la bella reconstrucción que hace Isaías Peña en *La extraña carrera entre el poeta y el aviador: José Eustasio Rivera y Benjamín Méndez Rey*).

El 29 de noviembre voló hacia Puerto Barrios (Guatemala) en un trayecto que estaría lleno de fallas técnicas: el 30, dirigiéndose hacia Colón (Panamá), se percató de que no tenía combustible suficiente lo que lo obligó a hacer un acuatizaje forzoso en Puerto Cabezas (Nicaragua). Justo después de resolver este problema, el 1 de diciembre, las condiciones del clima dejaron inservibles un ala y un flotador del hidroplano, que terminó siendo rescatado por una lancha en Puerto Limón (Costa Rica). Ese mismo día murió Rivera quien, sin sospecharlo, estaba a punto de revivir la carrera entre el avión y los barcos.

Eran días de viajes, unos por aire, otros por mar. Así lo vivía otro amigo de Rivera que se encontraba de paso por Europa, y al que le habría servido mucho el tiempo de vuelo del zepelín, pero que se embarcó en el vapor Hamburgo, desde esa misma ciudad, el 30 de noviembre de 1928. Por paradojas de la temporalidad, de la noticia no inmediata de aquellos tiempos, conservamos una tarjeta postal, enviada quince días antes de zarpar (tiempo probable de la duración marítima de un correo de la época) en la que le pedía al escritor y viajero José Eustasio Rivera (Tacho, Tachito, el Negro), que saliera al muelle de Nueva York a esperar al remitente, Antonio Martínez Delgado. Transcribo el mensaje de la postal enviada el 14 de noviembre de 1928 desde Oberhausen, con sellos del Reich alemán:

“Oberhausen, Nov. 14/28  
Carísimo Tacho:

El 30 me embarco en Hamburgo en el vapor del mismo nombre con rumbo a esa tu ciudad -Espero salgas a encontrarme- (...)”.

No sabemos si Martínez Delgado (quien luego sería cónsul de Colombia en Chicago) se enteró de la muerte del poeta estando en altamar (el barco tenía telégrafo), lo que sí es cierto es que ese Hamburgo era, seguramente, el Hamburg American Line (en inglés) o el Hamburg Amerika Linie (en alemán); una rica fuente para entender la migración de Europa hacia Nueva York. Hoy contamos con listas, listas y listas de nombres de migrantes que estaban iniciando su diáspora hacia América en ese vapor. Repito, todos migrantes, pero algunos “emigrantes” y otros “inmigrantes” como lo habían propuesto los

delegados de México en la Sexta Conferencia Internacional sobre Emigración e Inmigración del 15 de febrero de 1928 en Cuba, para diferenciar a los que llegaban a trabajar y a los que salían (huían). Una condición más de la dura vida, para contrastar con los “endeudados” presos en la selva amazónica, que no pudiendo huir por el río, o perdidos en la selva, pasaban sus días habitados por la eterna imposibilidad de *picurearse*. Para ellos buscaban Arturo Cova y Clemente Silva la intervención de algún cónsul en ese otro profundo mundo extranjero de entre ríos y no de ultramar. De ese viaje de estupor, delirios y fiebres, tratada también la novela *La Vorágine* que iba volando entre Colón y Puerto Cabezas, el día en que Martínez partió de Hamburgo.

Cuando Martínez Delgado llegó al puerto en Nueva York, Velasco lo esperaba en el muelle y el cuerpo de Rivera viajaba ya hacia Colombia a bordo del vapor Sixaola de la United Fruit Company. Alguien podría pensar que esta forma de conectarse a todos los eventos para morir es un arte. Pues ahí iba Tacho, compitiendo con el primer aviador que volaba desde Estados Unidos hasta Colombia, aviador al que él mismo despidió con un discurso apenas un mes después de haber visto llegar al zepelín Graf, y, por si fuera poco, viajando en el vapor de una empresa que quedaría por siempre ligada a la masacre de las bananeras, acto de atrocidad, que estaba teniendo lugar el mismo día en que el cuerpo del escritor zarpaba en esa nave, de Nueva York hacia Barranquilla: el 5 de diciembre de 1928.

El Sixaola, como lo sabemos gracias a las notas de prensa guardadas por Velasco, navegó desde el puerto estadounidense hacia Kingston, en Jamaica, a donde llegó el 10 de diciembre, para seguir su curso hacia Cristóbal (Panamá). De allí, en fecha que no está marcada, salió para Cartagena a donde

llegó el 14 de diciembre, para terminar su viaje marítimo en Barranquilla el 17 de diciembre, en un total de doce días de viaje desde su partida de la ciudad de Nueva York. De esta manera Rivera llegaba primero a Colombia que el aviador. Aunque, faltaba el trayecto hacia Bogotá.

El día 28 de diciembre, luego de casi un mes de espera para reparar el hidroavión, Méndez pudo llegar a Cartagena y pasar al siguiente día por Barranquilla. El 30 acuatizó en Girardot adelantando por seis días la llegada de Rivera a la misma ciudad en un vapor-correo por el Magdalena. Apesurado, el capitán quiso seguir hacia Bogotá para llegar el 1 de enero, pero sufrió un accidente y el Ricaurte (así se llamaba la nave, seguramente bautizada por el escritor) tuvo que ser reemplazado por otro avión en el último tramo de la carrera, por fortuna no “en átomos volando”. Finalmente, llegó a Bogotá el 2 de enero, mientras el cuerpo del autor de *La Vorágine* arribaría cinco días después, el 7 de enero de 1929.

En el discurso de despedida que Rivera había pronunciado cuando al aviador partió el 23 de noviembre de Nueva York, se imaginaba su llegada a la capital de Colombia. Es un discurso con dos finales distintos. En el primero, más intimista, el poeta ve al avión volar sobre la “multitud aclamadora” como una mariposa de raso que desciende a “nuestro corazón”:

“Y cuando al término de la jornada, revuele su avión sobre la multitud aclamadora como una mariposa de raso, y haga soplar sobre sus cabezas el aire de las alturas, esté seguro de que esa misma onda llegará a nuestros pechos como si el Ricaurte descendiera a nuestro corazón”.

Pero luego tachó esa versión, que se conservó en un papel que Velasco encontró en el bolsillo del frac del escritor luego de su muerte. Parece que era

un discurso hecho para ser memorizado, pues los testigos dicen que Rivera lo “improvisó”. En todo caso, en la que parece su versión final transforma el aplauso feliz de quienes observan la maniobra en parte misma del aterrizaje:

“Y cuando al término de la jornada, revuele su avión sobre la multitud aclamadora, y haga soplar sobre sus cabezas el aire de las alturas, esté seguro de que esa misma onda llegará a nuestros pechos como si el Ricaurte fuera descendiendo sobre nuestros brazos”.

Como si la imaginación de los dos finales ameritara un doble vuelo, el aviador Méndez volvió a darse a los aires para acompañar el cuerpo de Rivera en el cortejo fúnebre del 9 de enero de 1929 entre la Catedral Primada de Colombia y el Cementerio Central de Bogotá, esta vez volando con la forma de la versión tachada, sobre su corazón, con trazos de mariposa como los que hiciera Helí Mesa en la arena para contar la historia de la indiecita Mapiripana, “como exvoto propicio a los muertos y a los genios del bosque”.

La muerte repentina de Rivera produjo una sorpresa llena de incredulidad y una sensación de que la vida se acababa antes de tiempo. Fue como la repentina muerte tecnológica del zepelín, que ardió años después sobre los aires de Nueva Jersey, el 6 de mayo de 1937, para luego precipitarse sobre el Lakehurst. Dos trayectorias de una vida efímera.

\*\*\*  
Pasada la conmoción, los amigos de Rivera alzaron en grupo y al cielo sus cabezas locas, y alelados oyeron llegar el retrasado viento, para darse cuenta de que los proyectos del escritor (la impresión de su novela, su traducción y su idea de filmar una película) seguían flotando como tres zepelines transatlánticos que se negaban a desaparecer de la vista. No se lo podía dejar arder. Porque es muy diferente morirse al vuelo y naufragar. ©

## Diez años llevando transformación social y cultural a los territorios a través de las UVA

epm®



Una de las cosas que más se resaltan de este proyecto es el impacto social que ha tenido en los barrios del Distrito: además de contribuir a la construcción del tejido social, la ciudadanía ha demostrado tener sentido de pertenencia, respeto y empatía por estos espacios, características fundamentales para la cohesión social y para el fortalecimiento de hábitos positivos en cada individuo.

“El programa UVA ha sido muy importante para el apoyo y la transformación social porque son espacios que nos ayudan a desarrollar habilidades para la vida y competencias que necesitamos para vivir en sociedad. Estos lugares se han convertido en escenarios de co-creación y como un segundo hogar para la comunidad. Es un privilegio haber visto cómo algo inhabitable se convirtió en una zona llena de vida para todas y todos”, expresó Juan David Pérez, ciudadano de la Comuna 1 (Popular).

En total, entre Medellín, Bello e Itagüí hay 14 UVA que recibieron nombres como Los Sueños, La Esperanza, La Libertad, La Alegría, y otros más. Fueron bautizadas por la misma comunidad como una manera de relacionar estos espacios con algunos de los valores que representan.

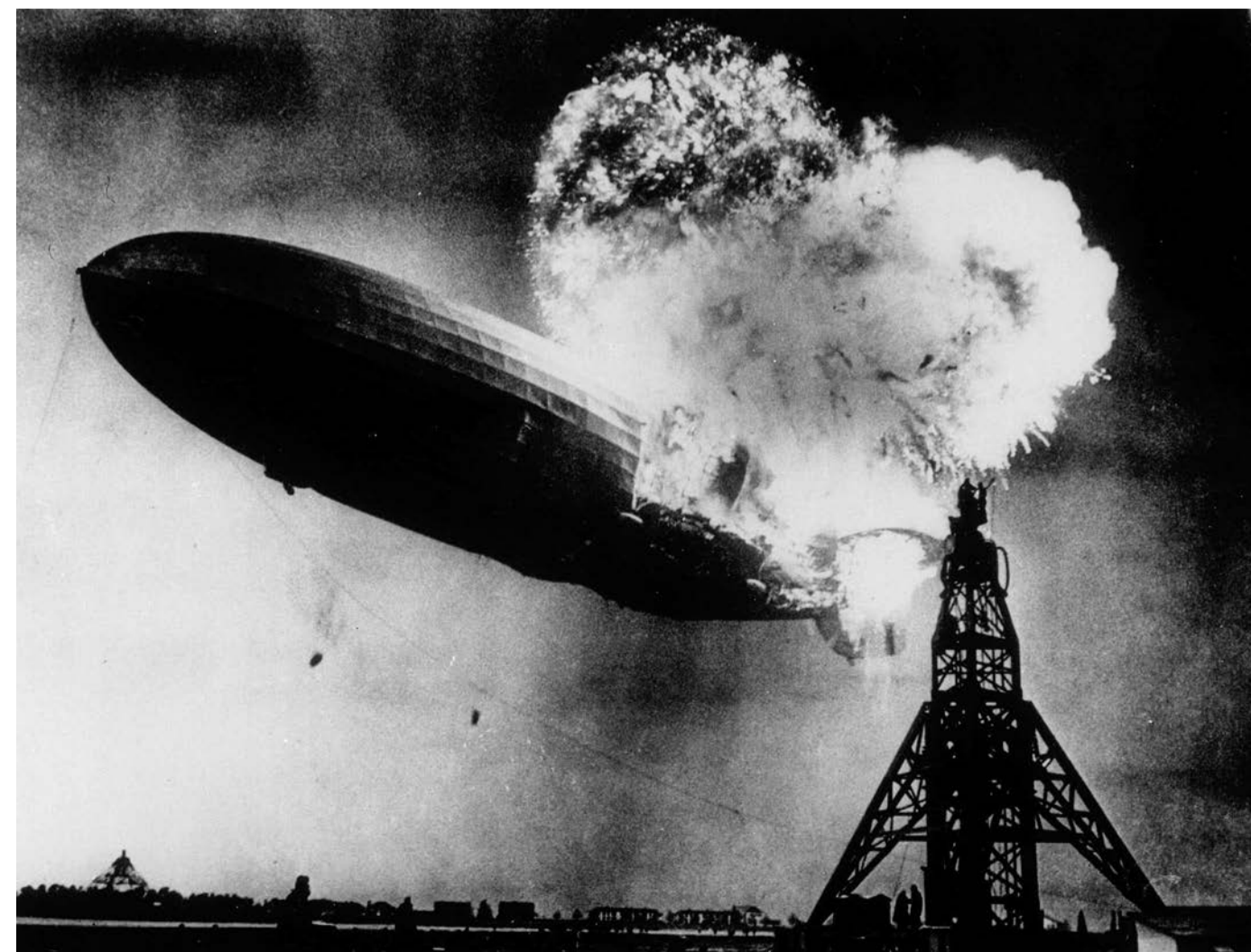
“Abrir las cercas para estar más cerca”, fue el lema que acompañó a EPM cuando comenzó la transformación de estos espacios con el objetivo de convertirlos en escenarios públicos, pues anteriormente eran zonas periféricas de la ciudad que carecían de iluminación y donde se albergaban tanques de almacenamiento de agua potable.

Entre los logros más significativos de este proyecto se encuentra la reducción de brechas digitales con la implementación de salas TIC (tecnologías de la información y las comunicaciones) que cuentan con wifi gratis y formación digital para más de 22 mil personas al mes.

Estos 10 años son sinónimo de oportunidad para la comunidad, son el reflejo de un espacio digno y seguro para que todas y todos puedan desarrollar sus habilidades y sentirse parte de una sociedad más justa e igualitaria.

Las UVA (Unidad de Vida Articulada) son un proyecto que nació de la necesidad de incorporar en los barrios espacios públicos dignos para realizar actividades deportivas, culturales y educativas con el fin de que personas de todas las edades pudieran tener encuentros que aportaran a la inclusión con un enfoque social sostenible.

Según el Departamento de Planeación de Medellín, en lo corrido de estos diez años esta iniciativa ha logrado beneficiar cerca de 12 millones de personas a través de experiencias que han sido posibles gracias a estos espacios que disponen de zonas verdes, aulas, salas de cómputo, parques para niños, teatro al aire libre, gimnasios, entre otras.



El zepelín Hindenburg en llamas el 6 de mayo de 1937 en Nueva Jersey, intentando aterrizar en Lakehurst.

NI RICOS NI POBRES,  
**CLASE MELA**  
PULEP OYT397  
EL ÁGUILA DESCALZA

**Noviembre 7**  
**a diciembre 21**  
JUEVES A SÁBADOS 8:00 P. M.

Compra tus boletas escaneando el QR o a través de:

**BOLETA EN MANO.COM**

TEATRO PRADO

# CUATRO POEMAS DE ANDREA COTE

## DESIERTO RUMOR

*Cada ciudad recibe su forma del desierto al que se opone.*  
ITALO CALVINO

*Padre, madre, ya tengo el peso de un hombre.  
Aquí es el puerto del primer día,  
no escojan alimento para mí,  
no vigilen mis pasos,  
ya he desembarcado en mí,  
soy solo.*

*Denme una hoja de eucalipto para el viaje,  
un impreciso pronóstico del tiempo  
la brújula quebrada que sólo marca norte,  
un mendrugo de pan.*

*Desmantelen la habitación en que crecí,  
abran fuego en la noche con mis mantas,  
otórgueme el don del despojo.  
De ser posible,  
un momentáneo olvido.*

*Dispuesto estoy para partir.  
No ostento  
otro peso que el nombre.*

## NOTICIAS DEL ABISMO

*Madre, padre,  
al cruzar la espesura de vacío  
queda una cumbre,  
hasta allí he subido  
para traerles noticias del abismo.*

*Abren el pórtico,  
díganle a ella que en la verja me reciba,  
y trozo a trozo me desprenda de las botas el rastro de cantera,  
el polvo de animales muertos  
que sin querer he arrastrado hasta su casa.*

*Traigo noticias del abismo  
acéptenme el don de lejanía,  
la malherida pureza de esta ofrenda,  
el racimo en que perviven  
las negras raíces  
de todos los árboles  
que faltan en el mundo.*

## EN LA GUERRA DEL CLOROX

*Creo que hay dos mundos.  
En uno de ellos yo lo limpio todo,  
todo el tiempo.  
En ese mundo tengo laboriosas rutinas  
para purgar el día y sus objetos.  
Hablo del polvo –en parte–  
la capa que todo lo desborda.  
Pero voy más allá del polvo.  
Me arrodillo ante las cosas, sea carne, madera,  
metal o plástico, todo lo recorro,  
lo exprimo, lo enjabono, lo desaguó.  
Descubro porosidades hasta en lo más llano y las extraigo.  
En esto, siento como los músculos de mi cuerpo se tensionan  
cuando bajo hasta una superficie y raspo.  
Mis extremidades se llenan  
de un líquido negro imaginario  
que lleva el nombre de un cierto placer que desconozco.  
Yo tengo el control.  
Esa sensación entre dedos y muslos  
es mi gran posesión inesperada  
cada vez que, con mi esponja milenaria,  
como un gigante enfurecido raspo,  
hasta el resquicio de todo  
y lo aliviano, lo desgajo y lo azoto  
hasta arrancarle el borde puro,  
hurgo una a una entre las cosas  
y les saco la muerte que cargan.*

*Pero en las noches, viajo al otro mundo,  
con las manos exhaustas,  
descamando por debajo de las uñas  
mi piel desprovista de toda superficie,  
las manos sin animal  
sin el brillo de lo vivo  
sin la costra de lo muerto.  
En mi sueño intoxicado  
por vapores desinfectantes  
en la ruta corrosiva de lo limpio,  
sueño con las tardes inmundas en que yo era libre.  
El tedio, la caída ociosa de una gota sucia,  
cuando nadábamos la poceta antihigiénica del otro*

*y nosotros, los inmundos, comiéndonos las uñas en público,  
–tan solo por creerlo– fuimos invencibles.*

## LO FUTURO

*Traigo a los niños al borde del abismo  
les doy de comer raíces secas,  
así sabrán que hay saber  
más allá del polvo.*

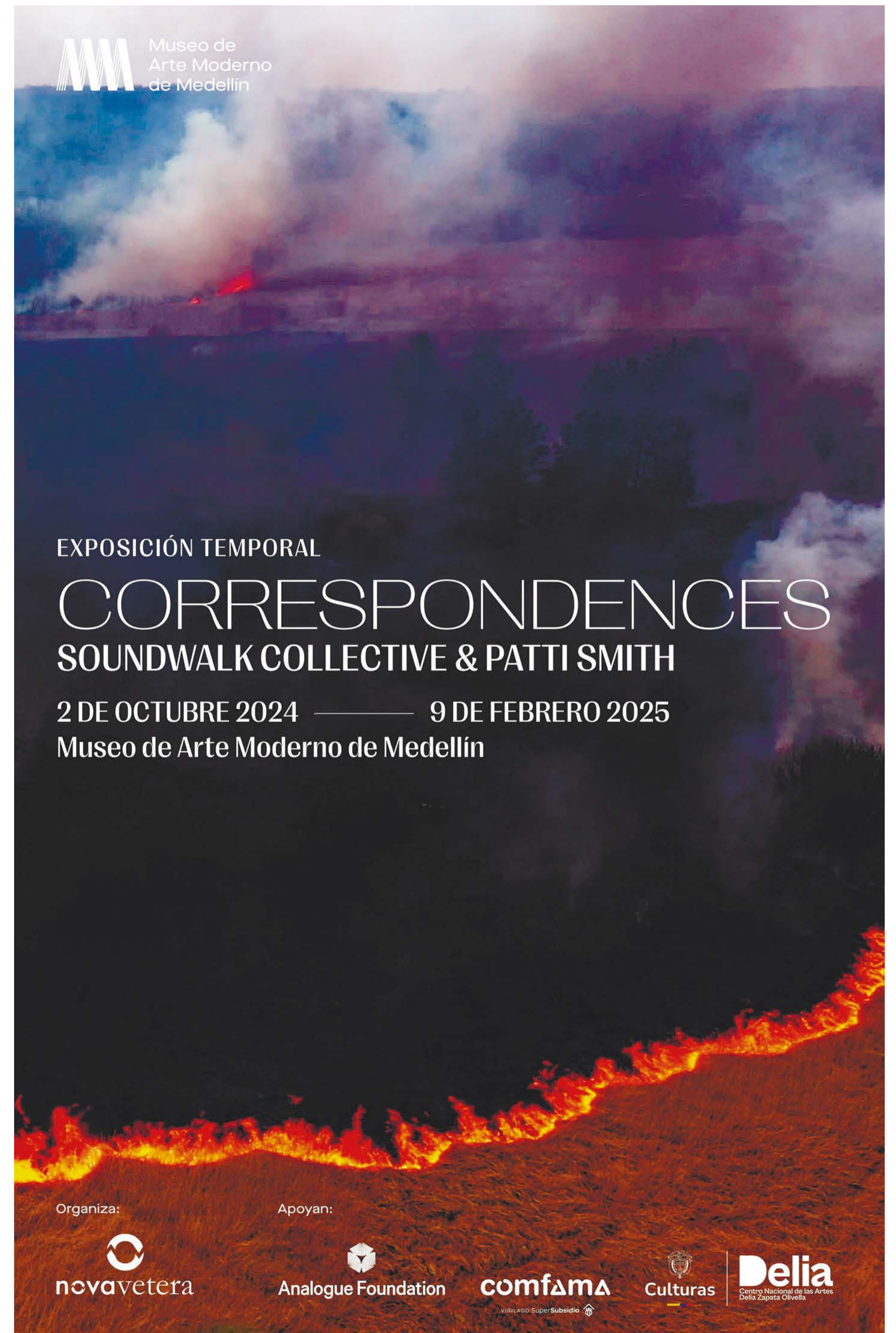
*Me preguntan qué es el horizonte  
digo *el futuro*, por decir cualquier cosa.*

*Sobre el monte más árido los dejo ser,  
me pregunto si está bien que se toquen uno al otro  
y si han bebido de la misma vida,  
que beban entonces de la misma muerte.*

*Una plegaria de raíces  
revienta entre el asfalto,  
rumor de cantera estremecida escombros de cielo,  
y un girón de luz  
se derrama sobre ellos, como en todo.*

*Así esperamos,  
a merced de vagabundas legiones, insectos  
cuyo minúsculo peregrinaje arrodilla  
toda trashumancia.  
El acontecimiento de lo humano,  
eso que perdura destruyendo.*

*Con los ojos llenos de luz nueva  
me preguntan por lo que viene.  
Les digo que el tiempo es un péndulo  
y cada tanto revienta contra el suelo,  
como ahora.*



Museo de  
Arte Moderno  
de Medellín


EXPOSICIÓN TEMPORAL


# CORRESPONDENCES


SOUNDWALK COLLECTIVE & PATTI SMITH


2 DE OCTUBRE 2024 — 9 DE FEBRERO 2025


Museo de Arte Moderno de Medellín

Organiza:  novavetera

Apoyan:  Analogue Foundation

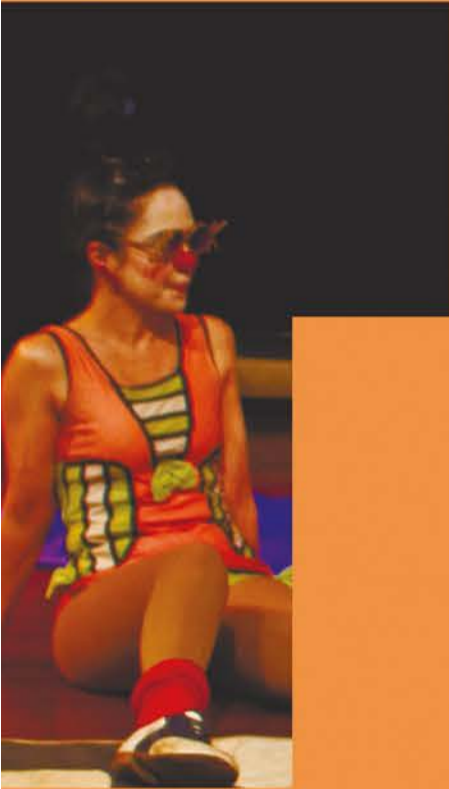
 comfama

 Culturas

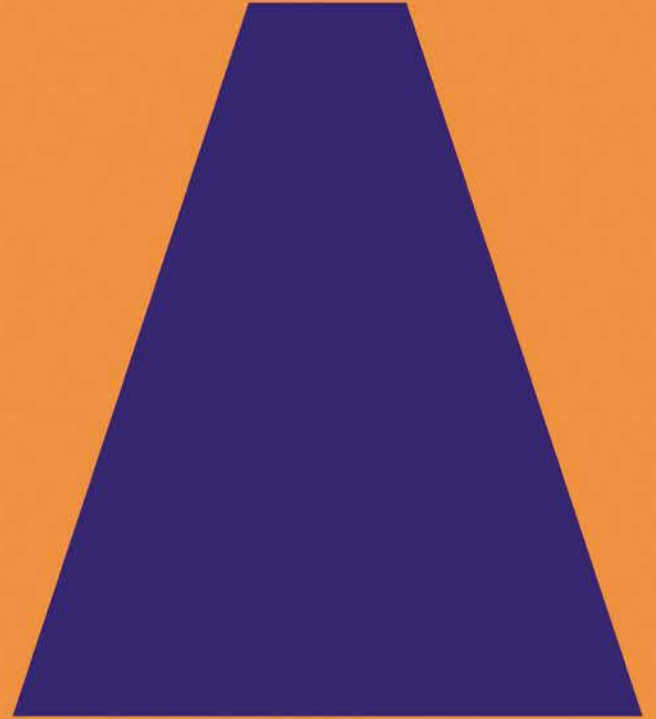
 Delia  
Centro Nacional de las Artes  
Delia Zapata Olivella

VIGILADO SuperSubsidio





Compañía: As Marias Da Graça, Brasil.



# Festival de Teatro Comfama San Ignacio

2024

Esta edición que se vivirá del **2 al 8 NOV**  
llega con:

Cerca de **14** escenarios.

**+55** funciones.

**29** compañías de 9 países.

Río de Janeiro como la ciudad invitada.

Variedad de **obras familiares.**

Adquiere tus entradas en [www.latiquetera.com](http://www.latiquetera.com)

Apoya:



Aliados:



Organiza:

